

# Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

# Nuevo terrorismo

He aquí las palabras del canalla de turno que aparece en el camino de Brigitte: «¡Dentro de poco, seré el Rey del Terrorismo Mundial, podré compulsar a las masas con mis programas, y allá donde convenga provocaremos tal pánico que las masas se encargarán por sí mismas de ocasionar disturbios incontenibles! Sin riesgo alguno, podremos derribar regímenes políticos, reyes, presidentes… ¡Con mi nuevo terrorismo como amenaza constante el mundo entero estará a mi merced…!».



Lou Carrigan

# Nuevo terrorismo

## Brigitte en acción - 373

**ePub r1.1**
**Titivillus** 27.11.2017

Lou Carrigan, 1985
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



# Brigitte
## EN ACCION



# Capítulo primero

—En resumen —suspiró Brigitte—, que todo se había originado en el odio que Alekos Akoriasis sentía contra los turcos. Partiendo de ahí se fueron desarrollando sus sueños de grandeza…, como los de tantos y tantos locos, Miky.

Miky Grogan, director del Morning News, asintió con un gesto, sin dejar de mirar a Brigitte Montfort, su más cualificada empleada: no sólo era jefe de la Sección Internacional, sino que, años atrás, había conseguido el Premio Pulitzer.

—Sí… Tantos y tantos locos, es cierto. A muchos de los cuales les ha dado usted su merecido, Brigitte.

Brigitte simuló sobresaltarse, y se llevó un dedo a los labios.

—¡Ssst! ¡Pueden oírlo, y quizá se enterarían de mi doble personalidad, Miky!

—Claro que no —sonrió Grogan—… ¿Quién habría de sospechar que usted es nada menos que la agente «Baby» de la CIA? ¡Pero si parece un ángel! ¿No es cierto, Frankie?

Al decir esto, Grogan miró a Frank Minello, el más entrañable amigo de Brigitte, que, como ésta, se hallaba de charla en el despacho de la dirección del periódico, derrumbado en uno de los sillones.

—¿Eh? —Pareció despertar Minello—. ¿Qué… qué pasa…?

—¡Vaya, hombre! —Exclamó Grogan—. ¡Estás con Brigitte, el amor de tu vida, y te quedas en la luna en lugar de mirarla! ¿No te encuentras bien?

De vuelta a la realidad tras su abstracción, Minello miró a Brigitte, que, sentada en otra butaca, le contemplaba con expresión divertida. ¡Y vaya si la miró! Lo hizo como empapándose de su belleza radiante: alta, esbelta, elegante, bellísima, resplandecientes de inteligencia sus grandes ojos azules… Minello se recreó en el discreto escote de Brigitte, y en las perfectas piernas.

Luego, miró a Grogan, y dijo:

—Usted es un salvaje.

Miky Grogan quedó estupefacto un instante, antes de protestar airadamente.

—¿Yo? ¿Yo un salvaje? ¡Ya empezamos!

—¿Por qué dices que Miky es un salvaje, Frankie? —preguntó Brigitte, sonriente.

—Porque siempre que regresas de alguno de tus trabajos de exterminio de criminales insiste en publicar la noticia… ¡Siempre cosas de maldad! ¡Este tipo…!

—Un momento —gruño Grogan—. Yo no he insistido en nada. Sólo le he preguntado a Brigitte si sería posible publicar eso de la Gran Serpiente. Ella ha dicho que no, y yo lo he aceptado.

—O sea, que se ha quedado usted sin noticia sensacional, ¿no es así? —dijo Minello.

—Pues sí… Sí, así es. Pero no he insist…

—¡No ha insistido porque sabe que Brigitte no puede permitir que esa noticia se divulgue! ¡Ya están las cosas bastante mal como para que usted se ponga a exacerbar el odio entre griegos y turcos!

—Escucha, cabeza dura…

—¿Quiere usted una buena noticia? ¿Eh? ¿Quiere una estupenda noticia para la primera plana del Morning News?

Miky Grogan miro con desconfianza a Minello.

—¿Qué noticia? —se interesó cautamente.

—Estoy segura de que es buena —dijo Brigitte—. Frankie es el jefe de la Sección Deportiva, un periodista de alta calidad… Si él dice que la noticia es buena, es que es buena. ¿Verdad, Frankie?

—¡Tú sí que me comprendes, reina de mi vida! —vociferó Minello—. ¡Tú sí que…!

—¿Qué noticia es ésa? —insistió Grogan.

—Escuche con atención, y prepare la primera plana de la edición de mañana. Verá… Había una vez un muchacho llamado Mike y una muchacha llamada Sally. Se conocieron en la universidad, y nada más mirarse nació el amor entre ellos. Resultó que los dos querían ser médicos, para dedicar su vida a la salud y bienestar de su prójimo. Y estudiaron mucho, mucho, mucho… Y mientras estudiaban, se amaban locamente. Oiga, pero del todo y de verdad, ¿eh, comprende? Quiero decir que hacían el amor como se

debe hacer, disfrutando de él, lo que les permitía ser personas equilibradas, honestas y sanas. O sea, que se amaban locamente, zambomba. Y estudiaron tanto, que finalmente los dos consiguieron su objetivo, y obtuvieron el título de doctores en Medicina. Entonces, pusieron juntos un consultorio, se casaron, y se dedicaron a curar las miserias de sus semejantes, todas ellas producidas por desequilibrios nerviosos, envidias, odios, ambiciones y porquerías parecidas…, porque no sé si usted sabe que la mayoría de las enfermedades y dolencias del ser humano provienen de eso, de la putrefacción interior… ¿Lo sabía?

—Claro que sí.

—¡Claro que lo sabía! —Explotó Minello—. ¡Como que usted es uno de esos pobres enfermos!

—¡Yo no estoy enfermo! —protestó Grogan.

—Ah, no, ¿eh? ¿Y qué me dice de su úlcera de estómago, qué me dice? ¿De qué cree que le viene esa úlcera, sino de su mal genio, de sus rabietas, de sus furias y tensiones nerviosas? ¡Pues lo mismo le pasa a las demás personas que no se paran a reflexionar sobre lo hermosa que es la vida! Por ejemplo, un tipo llamado A odia a un tipo llamado B. ¿Sabe usted cuál es la consecuencia? ¡Pues que el tipo llamado A tendrá tarde o temprano un grano en el culo, o un desequilibrio nervioso, o… o hasta un cáncer, si me apura! ¡Y todo ello porque la maldad y demás porquerías sólo generan enfermedades! ¿No es cierto, Brigitte?

—Certísimo, Frankie —asintió Brigitte.

—Bueno, pues eso. ¡Ya lo he dicho!

—Sí, pero no has terminado la historia de Mike y Sally.

—Ah, sí, es verdad. Bueno, pues eso… O sea, que los dos se dedicaron a curar las miserias de la gente, y mientras tanto, continuaron amándose, amándose mucho… ¡Dios, si se amaron! Y tuvieron muchos hijos, todos ellos buenos e inteligentes y simpáticos, y fueron unos buenos padres, unos buenos médicos, unos buenos vecinos, unas buenas personas, y vivieron felices durante el resto de sus días. Ya está.

Miky Grogan miraba incrédulamente a Minello. Por fin, masculló:

—Es una historia muy bonita, pero no creo que interese a nadie, Frankie.

—¡Ésa es la cuestión, zambomba y mil veces zambomba! ¿Por qué no interesa nunca a nadie una historia como la de Mike y Sally y se vuelven locos por leer noticias de guerras, muertes y maldades? ¿Por qué? ¿Acaso no es más bonita la historia de Mike y Sally?

—Es preciosa, Frankie —dijo Brigitte.

—¿Verdad que sí? ¡Pues mira a ver cuántas noticias como ésa encuentras en nuestros podridos periódicos! ¡Ni una sola! En cambio, encontrarás noticias de asesinatos, robos, estafas, guerras…, y maldades de toda clase. ¡Y la gente se interesa por eso! No lo entiendo. ¡No lo entiendo!

Miky Grogan estaba entre atónito y presa de la irritación. Brigitte se puso en pie, sonriente.

—Bueno, ahí queda eso, Miky —dijo—. Y ahora, adiós. No puedo entretenerme más.

—Te acompaño —se puso también en pie Minello.

—¡De ninguna manera! —rechazó Brigitte—. Voy a
Rachel’s,
a comprarme algo de ropa para la primavera, y no quiero que tú andes por allí metiéndote en el probador y diciendo tonterías. ¡Además, no quiero que estés fisgando lo que compro o dejo de comprar y dándome consejos tontos! Frankie, te lo advierto: ¡no insistas en acompañarme!

—Bueno, mujer, bueno… ¡Zambomba, cómo te pones por tan poca cosa! Pero luego iré a tomarme una copa a tu apartamento… ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Adiós, Miky. ¿Vendrá con Frankie?

—Con mucho gusto —sonrió Grogan.

—¡Ya me habéis fastidiado la velada! —protestó Minello.

Brigitte salió del despacho de Grogan riendo. Saludó a la secretaria del director, salió al pasillo, y bajó en el ascensor al vestíbulo del edificio del Morning News, que cruzó saludando a todo el mundo, simulando no oír los comentarios sobre ella. ¡Ésa es Brigitte Montfort! ¡Es bellísima! ¡Podía haber sido Presidente de los Estados Unidos! ¡Es la mejor periodista del mundo! ¡Es la persona más encantadora que usted podría conocer, amigo, se lo digo yo…!

Sonriendo, Brigitte salió a la calle, dispuesta a tomar un taxi que la llevara a
Rachel’s,

la *boutique* de la Quinta Avenida en la que desde hacía muchos años adquiría la mayor parte de su vestuario. Se acercó al bordillo, escrutó la calzada en busca de un taxi, y, justo entonces, vio al hombre que se colocó junto a ella.

—Señorita Montfort, tengo una pistola en el bolsillo, y otros dos compañeros míos la están apuntando desde lugar seguro.

Brigitte estaba ya mirando serenamente al hombre. Alto, de unos treinta años, fuerte, bien vestido… Norteamericano, desde luego.

—¿Qué es lo que quiere usted? —murmuró.

—Cuando yo haga una seña, un coche se detendrá ante nosotros. Suba usted. Eso es todo. Si no lo hace empezaremos a disparar.

Los azules ojos se movieron lentamente a derecha e izquierda. Había tanta gente transitando por allí que lo increíble sería que las balas perdidas no alcanzasen a nadie.

—De acuerdo —aceptó—, subiré a ese coche.

—Muy bien.

El hombre hizo la seña, y, a los pocos segundos, un automóvil oscuro, grande, se detenía ante ellos. Brigitte entró en el asiento de atrás, y su interlocutor lo hizo tras ella. Puesto que ya había otro hombre en el asiento de atrás, la periodista-espía se encontró entre dos hombres. Y había otro, naturalmente, que conducía el coche, y que tras la brevísima parada, arrancó.

—No se asuste —dijo el hombre de su derecha—. No va a ocurrirle a usted nada malo, se lo aseguro.

—¿Es un secuestro?

—Bueno, algo parecido. Pero sólo temporal.

—¿Qué pretenden ustedes?

—Ya se lo dirán. Sobre todo, no se asuste.

Brigitte se quedó mirando amablemente al hombre, y casi sonrió pensando en el susto que él se llevaría si supiera a quién acababa de secuestrar. Era lo mismo que tener un tigre en una jaula de papel.

Muy rápidamente, llegó a la conclusión de que no eran espías. Sin embargo, iban armados, y eso les convertía en gente relativamente peligrosa. Sí, eran de esos hombres capaces de disparar, de matar si les parecía conveniente… para ellos. Esto ya le gustó menos.

En ocasiones, se había dejado capturar, con el propósito de ser conducida al lugar que a ella le interesaba, para localizar al

criminal de turno. Pero en esta ocasión no sabía nada, no tenía ni la más remota idea de lo que estaba es ocurriendo, ni de quiénes eran aquellos hombres, ni qué pretendían. Y por supuesto, respecto a que nada le iba a ocurrir a ella, podían estar mintiendo. Lisa y llanamente mintiendo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Estará usted bien, ya lo verá.

No preguntó nada más. Poco después cruzaban el puente de Brooklyn, y cuatro o cinco minutos más tarde el coche se detenía ante un edificio bajo, de planta y piso. No había luz alguna en el piso de arriba. En la planta había una gran puerta, que debía de cerrar un taller, un garaje, un almacén… Algo así.

El conductor se apeó, y alzó aquella puerta. Volvió al coche, lo metió en el destartalado garaje ocupado solamente por un viejo camión, y volvió a salir para cerrar la puerta. Luego se fue a la parte posterior del camión, y bajó la tapa, que quedó convertida en una rampa.

Brigitte comprendió enseguida la jugada. Iban a meter el coche dentro del camión, y seguirían el viaje con éste. No le gustó nada. En absoluto.

El conductor se había vuelto, estudió la colocación de ambos vehículos, y dijo:

—Voy a colocar mejor el camión, o no podríamos meter el coche dentro.

Se subió a la cabina del camión, cuyo motor rugió a los pocos segundos.

Inmediatamente, se produjo la reacción de la «pacífica e inofensiva» señorita Montfort: su codo derecho salió disparado hacia ese lado, y acertó de lleno al hombre que estaba allí, justo en la sien; el hombre emitió un ronquido, y con los ojos en blanco fue a dar de cabeza contra el cristal de la ventanilla; el otro lanzó una exclamación, y pugnó por sacar la pistola que llevaba en el bolsillo.

Fue una estupidez.

Si hubiera atacado directamente a Brigitte con las manos, tal vez hubiera tenido alguna remota posibilidad de conseguir algo, aunque sólo fuera golpearla. Pero con su acción, quedó convertido en presa facilísima para la espía más peligrosa del mundo, que, simplemente, con la mano izquierda lanzó un tremendo shuto, rígida la mano

como si fuese de piedra. El *atemi* de judo acertó de lleno al hombre en la garganta, lanzándolo, como al otro, contra la ventanilla, en la que rebotó. Y al rebote, recibió sobre la nariz otro shuto, que, además de llenarle súbitamente los ojos de lágrimas, lo fulminó sin sentido.

La señorita Montfort sentó bien a los dos sujetos, les quitó las pistolas que portaban en el bolsillo, y salió del coche. El camión estaba maniobrando dificultosamente en el espacio más bien reducido. Ella se colocó junto a la cabina, un poco más atrás. El camión dejó de moverse, la portezuela se abrió, y el hombre saltó a tierra, diciendo:

—Dejo el motor en marcha para…

Se quedó mirando, atónito, a la señorita Montfort, que le apuntaba a la cabeza con la pistola de uno de sus compañeros. Enseguida, la mirada del hombre se desplazó hacia el coche, y regresó a Brigitte, que sonrió.

—Tómeselo con calma —recomendó—… ¿De acuerdo?

—Sí —tragó saliva el hombre—… De acuerdo.

—Será mejor para usted. Vuélvase de espaldas, y ponga las manos en la caja del camión.

El hombre se pasó la lengua por los labios. Miró la pistola, empuñada con tal firmeza que debió de advertirle de que algo no era como ellos habían pensado. Pero no era muy listo. No, no lo era.

Se volvió, eso sí, y colocó las manos en la caja del camión. Pero, en lugar de esperar la decisión de la señorita Montfort respecto a él, lanzó de pronto una violentísima patada hacia atrás, directa hacia el bajo vientre de Brigitte.

Con seguridad, se llevó la más grande… y dolorosa sorpresa de su vida.

Su pie encontró el vacío, pero, acto seguido, se sintió agarrado por el tobillo, y forzado a dar la vuelta sobre el otro pie, quedando de frente a la señorita Montfort, con una pierna en alto y sosteniéndose en precario equilibrio sobre la otra. Y sin disponer de tiempo para más, recibió en plenos testículos un rodillazo que lo lanzó, lívido como un cadáver, contra el camión. Allá, durante un instante, se quedo viendo borrosamente a la periodista. Luego, fue como si toda la luz del mundo se apagase.

Brigitte se quedó mirándolo, tendido a sus pies, y movió la

cabeza. Siempre lo mismo, siempre los mismos tontos creyendo que una mujer era presa fácil.

—Quizá te habría ido mejor el trastazo en la cabeza —dijo Brigitte en voz alta.

Se inclinó, le quitó el arma al desvanecido sujeto, y miró alrededor, en busca de cuerdas, o alambres. Encontró ambas cosas, y procedió a atar de pies y manos a los tres hombres. Todo ello con el oído siempre alerta, por si llegaba alguien más. Lo último que hizo fue meter en las bocas de los tres hombres pedazos de trapos sucios de grasa y aceite de motor, y sujetarlos con trozos de cordel que pasando por la boca anudó en la nuca. Para entonces, uno de los hombres, el primero al que había golpeado, había recobrado el conocimiento, y la miraba con expresión desorbitada.

—¿Hay alguien arriba? —señaló Brigitte el techo.

El hombre movió negativamente la cabeza.

—¿Va a venir alguien aquí esta tarde?

De nuevo una negativa.

Brigitte se quedó mirando especulativamente al sujeto. Podía estar mintiéndole de nuevo, con lo que, si alguien llegaba, las cosas se iban a complicar demasiado.

De todos modos, ella ya había tomado su decisión, y continuó adelante: alzó la tapa del maletero del coche, calculó el espacio, y se dijo que, aunque apretados y ciertamente incómodos, los tres hombres podrían viajar allá dentro hasta su escondrijo secreto en la mismísima Nueva York[1], que muy pocas personas conocían.

Para pasmo del hombre que había recobrado el conocimiento, alzó uno tras otro a sus dos compañeros, y los llevó al maletero. Cuando se inclinó para alzarlo a él, y como la sorpresa del hombre persistiera, Brigitte sonrió divertida.

—Todavía no se le han terminado a ustedes las sorpresas, amigo —dijo.

Se lo cargó en el hombro, lo colocó sobre sus dos compañeros, y tras hacer un gesto como de disculpa, simplemente cerró el maletero. Luego paró el motor del camión, abrió la puerta del garaje, salió con el coche, cerró de nuevo la puerta, y maniobró para alejarse de allí.

¿Se estaba complicando la vida?

Ni mucho menos. Podía, en efecto, haber avisado a su jefe del

Sector de Nueva York de la CIA, Charles Alan Pitzer, el querido tío Charlie, como ella lo llamaba, pero las cosas no habrían quedado entonces como ella quería. Además, siempre estaría a tiempo de molestar a tío Charlie con aquellas pequeñeces.

Partió hacia su escondrijo. Sí, era mejor lo que estaba haciendo, porque de otro modo, si aquellos hombres llegaran a sospechar que la señorita Montfort no era lo que parecía, habría sido necesario matarlos.

Y de esto, también se está siempre a tiempo.

# Capítulo II

Cuando alzó la tapa del maletero los tres hombres estaban conscientes, pero medio asfixiados. Y acto seguido quedaron atónitos.

¿De dónde salía aquella mujer? ¿Quién era aquella rubia de ojos verdes que los miraba irónicamente? ¡Aquella mujer no era la señorita Montfort!

—Se han metido ustedes en un lío —dijo la rubia de los ojos verdes—, pero espero que nos entenderemos bien y que las cosas no se les complicarán demasiado. Ahora voy a soltarles las piernas, para que puedan caminar. Pero tengan cuidado con lo que intentan.

Lo hizo, y los tres hombres se las arreglaran para salir del maletero. Estaban en un garaje amplio, donde había otro coche, un deportivo discreto y cuya matrícula estaba oculta por un trapo. La rubia recogió del interior de su coche algo que de momento no identificaron. Tardaron unos segundos en darse cuenta de que era una peluca postiza. Una peluca de cabellos negros, largos, suavemente ondulados. Parecía, talmente, la cabellera de la señorita Montfort. Miraron de nuevo a la rubia, que seguía sonriente.

—Menudo susto me dieron ustedes —dijo—… ¡Creí que me habían descubierto! Pero no. Realmente creyeron que yo era Brigitte Montfort, ¿no es cierto? Claro: ¡como todos los que me vieron en el edificio del Morning News!

El desconcierto de los tres hombres era total. Ella les señaló la salida del garaje, caminaron por un pasillo en el que había varias puertas, y finalmente, a una seña de la rubia, entraron en un acogedor y confortable saloncito.

—Siéntense los tres ahí juntos, en el sofá. Voy a quitarles las mordazas.

Los tres hombres se sentaron, y Brigitte les quitó las mordazas. Luego, se sentó en un sillón, junto a una mesita en la que había

dejado las tres pistolas y la peluca.

—¿Saben ustedes algo de la Operación Galerna? —preguntó.

No contestaron, pero en sus ojos se veía que no, que no sabían nada de la Operación Galerna. Lógico, puesto que tal operación acababa de ser inventada por la espía internacional.

—¿No? —Frunció el ceño la rubia—. ¿Seguro? Veamos, yo me caractericé como la señorita Montfort para hacer una prueba. Si nadie en el edificio del Morning News, donde ella trabaja, se daba cuenta de que yo no era Brigitte Montfort significaba que mi caracterización era perfecta. Y lo era, ¿no es cierto? ¿Me confundieron con ella?

—Sí… Sí.

—Magnífico. Eso significa que en el plazo previsto podremos poner en marcha la Operación Galerna. No le gustará mucho a la señorita Montfort si llega a enterarse de que la CIA ha utilizado su personalidad para introducirme en Rusia para esa misión, pero… así están las cosas. Y ahora, hablemos de ustedes. ¿Quiénes son?

Los tres hombres permanecieron en silencio. Parecían un poco asustados. La rubia sonrió.

—No sean tontos. Me basta echar un vistazo a sus billeteras para saber quiénes son. Vamos, no me hagan enfadar.

—¿Usted… es de la CIA?

—Claro. ¡Menudo susto me dieron, de veras! Creí que eran rusos, y que sabían algo de mi próximo trabajo de espionaje. Pero ya sé ahora que no. Ustedes, como los demás, me confundieron con Brigitte Montfort, creyeron que yo era ella. De donde se desprende que ustedes, realmente, querían secuestrar a la señorita Montfort. ¿Por qué? ¿Y quiénes son ustedes?

—Yo soy Terry Shaw —gruñó uno.

—Sam Calders.

—Noah Mitchell.

Brigitte, que iba asintiendo, dijo:

—Muy bien, amigos Terry, Sam y Noah, ¿de qué va el juego? Les aconsejo que me convenzan de que realmente querían a Brigitte Montfort, porque si no pensaré que sí saben algo de la Operación Galerna y que iban a por mí, no a por ella.

—¿Y usted quién es? —farfulló Sam Calders.

—La agente Baby de la CIA.

Los escrutaba muy atentamente. Y supo que el nombre de Baby no les impresionaba ni poco ni mucho. Es decir, que no eran espías. Ningún espía profesional del mundo podía ignorar quién era la agente Baby.

—Me parece que mi nombre no les dice nada —sonrió.

—No.

—Pues mejor para ustedes, porque eso me convence definitivamente de que buscaban a Brigitte Montfort y no a mí, y también me hace comprender que no son agentes de la MVD rusa. Así que hablemos de su asunto: ¿para qué querían secuestrar a la señorita Montfort y por orden de quién?

—No lo sabemos.

—Escuche, Mitchell, no abuse de mi amabilidad.

—Le ha dicho la verdad —aseguró Calders.

—¿Tengo que creer que están trabajando para alguien a quien no conocen y haciendo las cosas sin saber por qué?

—Sabemos por qué —dijo Terry Shaw—: por dinero.

—Entiendo eso. ¿Quién les pagó por ello?

—Un tipo llamado Bob. Es todo lo que sabemos de él. Éste es el tercer trabajo que le hacemos… Bueno, habría sido el tercero.

—Según eso, entiendo que ustedes han secuestrado antes a dos personas. ¿Quiénes eran?

—Un tipo llamado Alger Owens, y otro llamado Michael Dennison. El primero era de Atlantic City y el otro de Richmond.

—¿Y qué hicieron con ellos?

—Lo mismo que habríamos hecho con usted. Habríamos llevado el coche al lugar convenido, la habríamos narcotizado a usted y metido dentro del maletero, y nos habríamos marchado, dejando puestas las llaves del coche.

—Y luego alguien se habría llevado el coche conmigo dentro.

—Sí. Pero no sabemos quién. Bueno, suponemos que Bob, naturalmente. Aunque tal vez no, pues es un hombre que toma muchas precauciones.

—Ya he comprendido eso, por lo del camión y todo lo demás Sí, indudablemente quiere hacer las cosas bien. ¿No saben adónde me habrían llevado luego?

—Ni idea.

—¿Cómo es ese Bob?

—Es alto, fuerte, de unos treinta y cinco años, rubio… Tiene los ojos oscuros. Supongo que una mujer diría de él que es muy atractivo.

—Qué interesante. ¿Dónde tenían que dejar el coche conmigo dentro?

Los tres hombres cambiaron una mirada. Habían sido muy locuaces hasta entonces, pero se resistían ahora, y Brigitte supo por qué: temían que el tal Bob se enterase de lo mucho que habían hablado y tomase represalias.

—Hasta ahora han sido inteligentes al no hacerme enfadar —dijo—. Les aconsejo que sigan así, porque si me enfado, lo que pueda hacerles Bob serían caricias comparado con lo que yo puedo hacerles. Vamos, sean consecuentes. ¿Qué importancia tiene Bob comparado con la CIA?

—¿Y qué hará luego la CIA con nosotros? —pregunto Shaw.

—Personalmente, acostumbro ser tolerante con personas que, como ustedes, no son básicamente unos asesinos. Si se comportan adecuadamente serán puestos en libertad cuando convenga. ¿Dónde tenían que dejar el coche?

Los tres hombres se resignaron, y Calders dio la explicación:

—En el estado de Connecticut, cerca de una localidad llamada Hunting Ridge, entre ésta y otra localidad llamada North Stamford. Es un entramado de carreteras secundarias allí. En el cruce de una de éstas con la que sale de Hunting Ridge hay un poste de petición de
S. O. S.
para automovilistas, ya sabe… Debíamos dejar el coche a unos cincuenta metros de ese poste de
S. O. S.

—¿Lo hicieron así las otras veces?

—Sí. Luego, regresábamos con el camión.

—Ya, ya, eso lo he comprendido. Otra cosa. Esos hombres a los que secuestraron, Dennison y Owens… ¿quiénes eran? Quiero decir ¿qué eran?

—Uno de ellos es economista, o algo así, y el otro ecologista. Nos enteramos bien mientras preparábamos el asunto.

—Un economista y un ecologista —parpadeó la rubia—. ¿Se les ocurre para qué los quiere Bob?

—Claro que no. ¡Ni idea!

—¿A qué hora debían dejar el coche esta vez junto al poste de llamada de S. O. S.?

—A las nueve y media de la noche.

La rubia se puso en pie, fue hacia la librería, y de un cajón sacó unos cuantos mapas. Extendió uno de éstos, buscó Hunting Ridge, y luego consultó su relojito de pulsera. Torció el gesto. No tenía la menor probabilidad de estar allí a las nueve y media, pues eran las nueve y cinco, y tenía que recorrer casi cincuenta millas. Imposible. Ni siquiera recurriendo a uno de los helicópteros del Sector, pues tan sólo el tiempo que tendría que esperarlo era demasiado.

Pero... ¿y si el tal Bob era un hombre de mucha paciencia y esperaba largo rato a sus tres secuestradores?

Miró a éstos, que la contemplaban expectantes. Tres pájaros de poca monta, eso parecían. Bueno, no se iba a complicar la vida con ellos, ciertamente. De otro cajón sacó un estuche, del cual eligió una de las pequeñas ampollas de cristal que contenían gas narcótico de largo efecto. Se proveyó de una de las mascarillas antigás, y se la colocó ante la boca y la nariz. Fue hacia los tres hombres, y dejó caer la ampolla ante sus pies.

El sueño les llegó de modo fulminante. Brigitte esperó quince segundos, retiró la mascarilla de gas, y fue hacia el teléfono en el que marcó un número.

—¿...?

—Hola, Simón —sonrió—. Soy yo.

—¡...!

—Ya sé que conoce mi voz como ninguna —rió—. Escuche, Simón, le llamo a la floristería porque es urgentísimo: necesito inmediatamente un helicóptero. ¿Tenemos alguno disponible?

—¡...!

—Gracias. Voy a salir en coche hacia la playa de Coney Island. Cuando oiga la llegada del helicóptero haré señales con las luces del coche. Bajen a recogerme. ¿De acuerdo?

—¡...!

—Pues hasta luego.

Poco después, tras retirar de la matrícula de su coche deportivo el trapo que la cubría, la señorita Montfort, que se había quitado la peluca rubia, salía de su escondrijo secreto hacia la playa de Coney

Island.

Pero todo fue inútil. Entre unas cosas y otras eran casi las diez y cuarto cuando llegó al lugar indicado por sus tres prisioneros, a pie, para no alarmar a Bob si éste continuaba por allí. Mas, evidentemente, el tal Bob no era hombre de excesiva paciencia.

* * *

Hacia las once y media de la mañana siguiente, mientras algunos hombres de la CIA vigilaban el lugar cercano a Hunting Ridge, por supuesto muy hábil y discretamente, la señorita Montfort se hallaba en la *boutique*
Rachel's,
como si toda su preocupación en la vida fuese elegir su equipo de primavera de entre los modelitos que desfilaban en exclusiva ante ella.

En su mente seguía latiendo la pregunta: ¿para qué quería Bob a la señorita Montfort? ¿Y qué había hecho o pensaba hacer con un economista y un ecologista?

—¿Y éste, señorita Montfort? —preguntó Rachel.

—Me gusta, pero es de color azul, y temo que últimamente estoy abusando de ese color, Rachel.

—Sí, es cierto… ¡Pero le sienta tan bien a sus ojos! De todos modos, quizá tenga razón, y esta temporada debamos cambiar de color. Yo le sugeriría…

Rachel no dijo nada más. Se quedó mirando hacia la entrada de su establecimiento. Brigitte volvió discretamente la cabeza, y vio al hombre que acababa de entrar. Alto, fuerte, rubio, de ojos oscuros… Atractivo. Una dependienta de Rachel se acercaba al hombre, con el cual conversó unos segundos. El hombre señaló hacia Brigitte, y la dependienta asintió y se acercó a aquélla.

—Señorita Montfort, ese caballero desea hablar con usted. Dice que es muy urgente.

—Gracias… Discúlpeme un momento, Rachel.

—Naturalmente, querida.

El hombre contempló con expresión inocultablemente admirativa a Brigitte mientras ella se acercaba.

Brigitte llegó sonriendo amablemente, mostrando una cierta

expectación… que no existía realmente. Si sus tres prisioneros no se habían inventado nada, la descripción de Bob encajaba perfectamente en el hombre que la esperaba.

—¿Desea usted hablar conmigo?

—Así es, señorita Montfort.

—Bien… Me parece que no le conozco.

—No —sonrió el hombre—. Y además temo que soy inoportuno. Pero no creo que eso altere demasiado a una mujer como usted.

—¿Como yo? No comprendo… ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que, al parecer, es usted una mujer de grandes recursos… Pero yo también tengo muchos recursos.

—No entiendo nada de lo que está diciendo, señor…

—Llámeme Bob. ¿No le hablaron de mí mis tres amigos?

—¿Qué amigos?

—¿No conoció usted ayer por la tarde a tres amigos míos? ¿No le hablaron ellos de mí?

Brigitte hizo un perfecto gesto de impaciencia.

—Mire, si se trata de una broma, le advierto que mi tiempo es precioso. Soy una persona muy ocupada, se lo aseguro.

Bob comenzó a mostrar un cierto aire de desconcierto.

—¿No conoció usted a tres hombres ayer por la tarde, al salir del Morning News?

—No. Ayer salí un poco tarde, y me fui directa a mi apartamento. Perdóneme, pero…

—Un momento más, por favor. ¿Sería tan amable de llamar a su casa?

—¿Por qué?

—Dos amigos míos están con su ama de llaves, creo que se llama Peggy, a la que usted aprecia muchísimo, según mis informes. Están armados, y matarán a Peggy si usted no se muestra obediente.

—¿Está usted loco?

—Llame a su casa, por favor. Peggy está esperando su llamada. Hable con ella libremente.

—Pero… ¿qué es lo que pretende usted?

—Sea tan amable de llamar, señorita Montfort.

Brigitte titubeó, aunque sólo aparentemente, pues en realidad estaba deseando llamar. Y tenía la certeza de que Bob no estaba mintiendo. Pensó en lo asustada que estaría la pobre Peggy, cuya

vida, ciertamente, transcurría por cauces mucho más apacibles que la suya.

Le pidió a Rachel que le dejara utilizar el teléfono de su despacho, y llamó. El contacto fue inmediato, Peggy contestó al primer timbrazo.

—Peggy… ¿estás bien?

—¡…!

—Cálmate. ¿Me están oyendo esos dos hombres que están contigo?

—Mejor, pero de todos modos voy a hablar en voz muy baja. Y escucha con atención —bajó la voz—: esos hombres no son espías, no están buscando a Baby, esto no tiene nada que ver con el espionaje. De modo que yo soy simplemente la periodista Brigitte Montfort, no se te ocurra decir nada más. ¿Me has entendido?

—Muy bien. Ahora, quédate tranquila, no hagas nada, no les hagas enfadar por nada del mundo. Acéptalo todo con serenidad, y dentro de poco todo terminará bien. Peggy, no temas nada. Yo lo arreglaré todo. Adiós.

Colgó, y se reunió en la tienda con Bob, que contemplaba con jocoso interés algunos de los modelos expuestos en el amplísimo escaparate, observado a su vez por las empleadas de la *boutique* y de la propia Rachel.

—¿Todo bien? —preguntó Bob.

—¿Qué es lo que quiere usted? ¿Dinero?

Bob se echó a reír.

—Será mejor que terminemos la conversación fuera de aquí. La espero en la calle.

Salió. Brigitte alegó ante Rachel un asunto urgente, y se despidió. Afuera, por supuesto, la estaba esperando Bob, que la tomó amablemente de un brazo y echó a andar Quinta Avenida arriba.

—¿Realmente no conoció usted ayer a tres amigos míos?

—Ya le he dicho que no.

—Pues no comprendo qué ha podido ocurrir —el ceño de Bob se frunció—… En fin, ya me encargaré de eso más tarde. Ahora, señorita Montfort, vamos a concertar el viaje de usted.

—¿Qué viaje?

—Le diré la verdad. Tres amigos míos estaban encargados de

llevarla… como invitada a determinado lugar, pero algo ha fallado. Sin embargo, yo insisto en invitarla. De modo que irá usted a cierto lugar, donde será recogida y llevada a su destino definitivo. Cuando esté usted allá, mis dos amigos se irán de su apartamento, sin haber molestado en absoluto ni en ningún sentido a su ama de llaves. ¿Comprende lo que le digo?

—Desde luego.

—Sí —Bob la miró atentamente—… Claro que me comprende. Es usted una mujer de inteligencia más que notable. En realidad, es una personalidad mundial, sobre todo desde que estuvo nominada para la presidencia de los Estados Unidos[2].

—También fui reina en cierta ocasión, aunque muy brevemente[3]. ¿No lo sabía?

—Sí, sí, es cierto. Bueno, usted nos interesa, así que la hemos invitado a la reunión.

—¿Qué reunión?

—Me he molestado en escribirle las instrucciones para su viaje —Bob le tendió un sobre—. Sígalas al pie de la letra, por favor. Y no tema, no va a sufrir daño alguno.

—Pero esto… es como un secuestro, ¿no?

—Sólo temporal. Aunque nosotros preferimos que lo considere usted una invitación. Además, le aseguro que va a encontrar usted sumamente interesante esa reunión…, en la que merece tomar parte con todos les honores.

—Sí, pero…

—Ha sido un placer conocerla —sonrió Bob—. Y naturalmente, espero volver a verla muy pronto.

Bob soltó el brazo de Brigitte, se despidió con un gesto amable, y se acercó al bordillo, haciendo señas a un taxi. Cuando se alejó, Brigitte miró el sobre, y, finalmente, lo abrió.

# Capítulo III

Las instrucciones no mencionaban en ningún momento Hunting Ridge, lo que era lógico tras el chasco y la preocupación que debió de experimentar Bob la noche anterior en su vana espera en aquel lugar. Se mencionaba, eso sí, el estado de Connecticut, y la pequeña localidad de Noroton Heights, cerca de Stamford. Al llegar a Noroton Heights, Brigitte debía cruzar el pueblo y salir de éste por la secundaria que conducía a Darien. Sólo que, al llegar al primer cruce con otra secundaria debía detenerse y esperar.

Y así lo hizo. Detuvo el coche fuera del cruce, apagó el motor, y encendió un cigarrillo. Atendiendo a la seguridad de Peggy, ni siquiera se le había ocurrido avisar a tío Charlie del nuevo cariz del desconcertante asunto, y sabía que cuando Peggy quedase en libertad y se apresurase a llamarlo, tío Charlie comprendería que ella no deseaba, por el momento, su intervención.

No obstante, en el asiento contiguo Brigitte llevaba su maletín rojo con florecillas azules estampadas. Con un contenido que seguramente habría puesto de punta los pelos de Bob si éste llegara a tener noticias al respecto.

Un automóvil pasó unos quince minutos más tarde, con dos hombres dentro. No se detuvo. Pero cinco minutos más tarde volvió a pasar el mismo automóvil, con los mismos hombres. Y esta vez, el coche se detuvo, uno de los hombres se apeó, y se acercó a Brigitte.

—¿Tiene algún problema, señorita?

—No, gracias —sonrió Brigitte—. Estoy esperando a un amigo.

—Pero de momento está usted sola.

—No creo que mi amigo tarde en llegar. Quedamos citados aquí, más o menos a esta hora.

—Y ha sido usted muy puntual —sonrió el hombre—… Espero que no haya cometido la tontería de avisar a la policía, o algo parecido.

—¿Es usted quien debe recogerme? ¿Le envía Bob?

—Así es. Sea tan amable de ingerir esta cápsula.

El hombre le tendió una pastilla oblonga, de color blanco. Brigitte la tomó con dos dedos, y miró como dubitativa y asustada al sujeto, que volvió a sonreír.

—No tema nada. Es sólo un somnífero de profundo efecto.

—Pero entonces… ¡me voy a dormir!

—De eso se trata. No queremos que usted sepa adónde la llevamos, señorita Montfort.

De nuevo vaciló Brigitte, aunque sólo en apariencia, pues tenía la certeza de que nada malo iba a ocurrirle. Para matarla no hacía falta tanta comedia. De modo que ingirió la cápsula, y se quedó mirando al hombre con los ojos muy abiertos.

—No se asuste —rió él—. Ahora, sea tan amable de dirigirse hacia el otro coche. Yo me encargaré del suyo, que recuperará en el momento oportuno, y mi compañero la llevará a destino. Tendré el placer de volverla a ver.

Brigitte se apeó de su coche, que por cierto no era el deportivo, sino el que utilizaba habitualmente, y que solía tener en el estacionamiento subterráneo del Crystal Building.

Nada más poner los pies en tierra sintió como un leve mareo. Vio cómo el otro hombre salía del coche, y alzaba la tapa del maletero. Vaya, ahora le tocaba a ella viajar en un maletero… Caminó hacia allí, con pasos que intentó fuesen firmes, pero que se iban entorpeciendo rápidamente. Cuando llegó junto al otro hombre, éste la tomó amablemente de un brazo.

—No se preocupe, todo va bien. La ayudaré a meterse ahí dentro. Espero que no sea demasiado incómodo para usted…

Brigitte ya no le escuchaba. Sus párpados se habían cerrado, sus piernas comenzaron a doblarse… El hombre la tomó en brazos, la colocó en el maletero, y cerró la tapa. Segundos después se alejaba de allí al volante de su coche, mientras su compañero, en efecto, se llevaba el de Brigitte, en otra dirección.

Dentro del maletero, la señorita Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más peligrosa del mundo, viajaba hacia destino desconocido sumida en el más profundo sueño.

Bueno.

A nadie le sienta mal un descanso.

* * *

Cuando despertó era de noche. La luz procedía de un quinqué eléctrico, toda una obra de arte, que pendía del centro del techo de la tienda de campaña. Asombrada, se dijo que debía de estar soñando. Pero no: estaba dentro de una tienda de campaña, tendida en un catre. Se movió en éste. El colchón era confortable a más no poder. Una maravilla. Como el artístico quinqué.

Se sentó en el catre, y puso los pies en el suelo. Estaba descalza, pero junto al catre vio sus zapatos, que se puso. Una delicadeza descalzarla mientras dormía. Por lo demás, conservaba sus ropas puestas, todo normal.

Examinó el contenido de la tienda. Una placa eléctrica de calefacción, una mesita, dos sillas, un taburete, una mesita de noche junto al catre, una extensible, un pequeño mueble con libros, un armario de lona con bastidores de aluminio… Su maletín estaba sobre una de las sillas. Lo abrió, y enseguida se dio cuenta de que lo habían registrado. Pero no faltaba nada, no habían descubierto ni uno solo de los trucos. Decididamente, aquello no tenía nada que ver con espionaje.

O, al menos, con espías profesionales.

Salió de la tienda, y, al mismo tiempo que sentía el frío de la noche, se llevó la segunda sorpresa. Estaba, lisa y llanamente, en un *camping*. Un *camping* que parecía normal y corriente. Había tiendas como la suya por todas partes, entre los pinos. De alguna parte le llegó la voz de un hombre. Un poco más allá, alguien estaba escuchando música.

Caminó por entre las tiendas. Pronto vio la construcción destinada a aseos. Algo más allá, otra un poco más grande, con instalaciones para cocinar. Casi enfrente de estas dos construcciones había otra, todavía más grande, y que pronto descubrió que era un pequeño supermarket, cerrado en aquel momento.

Detrás del *supermarket* todavía había otra construcción, a la cual se acercó, sin prisas, mirando a todos lados. Tenía el aspecto de un acogedor *bungalow*, y en la puerta había un artístico cartelito que decía: Dirección… Había luz en un par de ventanas de la Dirección.

Se volvió vivamente al oír unas pisadas. Un hombre apareció junto a ella, caminando hacia los servicios, al parecer.

—Buenas noches, señorita Montfort.

—Buenas noches —murmuró Brigitte.

—Le llevaré la cena a su tienda dentro de unos minutos.

—Ah, está bien… Gracias.

El hombre siguió su camino. Brigitte se alejó de la Dirección, buscando la zona más alejada del centro del *camping*. Tardó casi diez minutos en llegar al límite del *camping*. Y no cabía duda alguna respecto a que era el límite porque allí había una valla de alambre formando diminutos cuadritos, y que cerraba el recinto. No era nada extraordinario en un *camping*, desde luego, sobre todo en lugares donde se pudiera temer la indeseada visita de alguna alimaña.

La reja medía dos metros y medio de altura aproximadamente, y estaba sustentada por tubos metálicos. Todo nuevo, bien cuidado. Bueno, dos metros y medio no eran un obstáculo insalvable, ni mucho menos. Brigitte sabía que podía escalar la rejilla metálica metiendo los dedos en los cuadritos, sin la menor dificultad.

Se volvió a mirar hacia el centro del *camping*. Por entre los pinos que rodeaban el grupo de tiendas y las construcciones de servicios y de la Dirección, vio todo esto. Todo normal, todo apacible. La música llegaba ahora tenuemente, tenuemente…

Giró de nuevo hacia la alambrada, y se quedó mirándola. No parecía electrificada, mas no se confió. Agarró una piedrecita y la tiró contra los alambres. No pasó nada.

Nada aparente, nada visible.

Sin embargo, enseguida, tras ella y a cierta distancia, oyó la voz de un hombre:

—¡Apártese de ahí, señorita Montfort!

Brigitte se apresuró a obedecer, volviéndose.

Dos hombres aparecieron corriendo por entre los pinos, y en cuestión de segundos llegaron junto a ella. Vestían pantalones tejanos y un grueso jersey de cuello alto, oscuro. Cada uno de ellos llevaba a la cadera la funda de cuero conteniendo una automática.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó uno de ellos—. ¿Ha tocado usted la alambrada?

—No… Yo no… Bueno, creo… que con el pie he empujado una piedra, y…

—Está bien. Lo mejor será que no se acerque usted a la

alambrada, tal como hemos advertido a los demás. Primero, a cualquier contacto, suena la alarma interior, y a los tres segundos queda conectada la defensa… Créame, es mejor que no pasee muy cerca de la alambrada.

—Sí, lo tendré en cuenta… Gracias. ¿Qué quiere decir que queda conectada la defensa?

—No se preocupe. Usted limítese a no acercarse más aquí, ¿de acuerdo? —El hombre miró a su compañero, y movió la barbilla hacia la Dirección—. Ve a explicar lo que ha ocurrido, y que desconecten la defensa.

—Pero… ¿de qué hemos de defendernos? —insistió Brigitte.

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir en estos lugares solitarios.

—¿Dónde estamos?

—¡Caramba, cómo se ve que es usted periodista! —rió el hombre —. ¡Hace una pregunta tras otra!

—¿He preguntado algo que no debía? —sonrió Brigitte.

El hombre titubeó, y dijo:

—Estamos en cierto lugar de Canadá, es todo cuanto puedo decirle. Mañana hablará usted con el Director, y él le dirá todo lo que considere oportuno que usted sepa. Van a repartir la cena de un momento a otro… ¿Le gustaría un televisor portátil en su tienda para pasar la velada?

—Es usted muy amable, pero prefiero leer. Buenas noches.

* * *

—Buenos días, señorita Montfort —sonó la voz de Bob fuera de la tienda—. ¿Puedo pasar?

—Pase, Bob.

Éste apartó la «puerta» de lona, y entró, sonriente.

—La vi antes en los aseos, y pensé que ya estaría usted arreglada. Veo que no me he equivocado… Madruga usted mucho.

—¿Llama usted madrugar a estar lista para vivir a las ocho de la mañana?

—Es usted encantadora —rió Bob—…, además de bellísima, claro está. De todos modos, aquí hace bastante frío por las mañanas.

—Lo he notado. Y debo decirle que detesto el frío. ¡Cielos, lo odio! —sonrió cuando Bob rió—. A decir verdad hace ya mucho

tiempo que vengo pensando que los seres humanos deberíamos vivir todos en la zona templada del planeta, y dejar el resto a los animales que se encuentran a sus anchas en las zonas frías… ¿No está de acuerdo?

—Hasta cierto punto —volvió a reír Bob—. No es espacio habitable lo que sobra en la zona cálida del planeta, me parece.

—Oh, habría más que suficiente si se habilitara adecuadamente. En la actualidad, se dispone de medios técnicos y científicos para conseguirlo.

—Tal vez —admitió Bob—. Sus ideas son muy interesantes, y no dudo que llamarán la atención de John Johns, nuestro Director. ¿Puedo decirle que estará usted preparada para la entrevista a las nueve en punto?

—Estaré preparada. Bob…, ¿qué puede decirme de Peggy?

—Todo ha vuelto a la normalidad, no se preocupe. Ella está bien y sin… acompañantes. Ya me comprende. A las nueve, entonces.

A las nueve menos cinco, Brigitte estaba atisbando por un lado de la puerta de su tienda de campaña. Varios hombres iban y venían de los aseos. Al parecer, cada uno ocupaba una tienda de campaña. Hombres que no formaban parte de la dotación de vigilancia del *camping*, naturalmente, pues iban desarmados y no llevaban tejanos y gruesos jerseys.

De entre esos hombres que, como ella, indudablemente estaban invitados en el *camping*, identificó a dos. Uno de ellos era el filósofo Edward Pendleton, inconfundible con su larga melena blanca en la mitad posterior de su parcialmente calvo cráneo; menudo, encorvado, con lentes, parecía ausente de todo. El otro era el coronel de la USAF Jeremy Mandel, adscrito al Mando Estratégico del Pentágono…

Dos de los vigilantes del *camping* aparecieron, caminando hacia su tienda, y comprendió que iban a por ella. Dejó de atisbar y esperó a que la llamaran. Eran muy correctos, como Bob.

—Señorita Montfort, ¿está dispuesta? —preguntaron desde fuera.

Por toda respuesta, Brigitte salió de la tienda. Ellos señalaron hacia el edificio de la Dirección, y se encaminaron hacia allá. Uno de los «invitados» que no conocía se cruzó con ella regresando de los lavabos, y se quedó mirándola.

—Perdone —dijo—… ¿No es usted Brigitte Montfort?

—Sí, en efecto.

—Claro… Claro, claro. Encantado de saludarla. Ya nos iremos viendo.

Cada cual siguió su camino. ¿Qué había querido decir aquel hombre con lo de «claro, claro»?

Llegaron al edificio de la Dirección, entraron, y Brigitte fue colocada ante una puerta, que uno de sus acompañantes abrió.

—La señorita Montfort —anunció.

Brigitte entró, encontrándose en una agradable salita en una de cuyas ventanas daba el mortecino sol de la mañana. Bob estaba allí, de pie junto a un sillón en el que había sentado un hombre que despertó el inmediato interés de Brigitte. Debía de tener unos sesenta años, sus ojos eran oscuros y apacibles, y su rostro, de facciones grandes y serenas, parecía rodeado de una maraña de maleza gris, tal era el espesor y abundancia de su desordenada cabellera. Por un momento pensó que el hombre estaba inválido. Pero no, porque se puso en pie muy cortésmente y acudió hacia ella, tendiendo la mano.

—Es un gran placer conocerla, señorita Montfort. Mi nombre es John Johns, y soy un gran admirador de su talento periodístico.

—Es usted muy amable —sonrió Brigitte, aceptando la mano—. Me parece que nunca nos habíamos conocido, señor Johns.

—No había tenido ese placer. Por favor, siéntese… ¿Desea tomar alguna cosa? ¿Café, tal vez?

—No, no. No hace mucho he desayunado a mi satisfacción.

—Me alegra oír eso. Bien —ambos se hallaban ya sentados—, supongo que está usted intrigada con todo esto. Y hasta un poco molesta por nuestros procedimientos.

—A decir verdad, sí, un poco molesta.

—Al principio intentamos convencer a nuestros invitados de que vinieran aquí digamos a las buenas, pero pronto nos dimos cuenta de que, quizá porque no interpretaban bien nuestras intenciones, la persuasión verbal no iba a ser suficiente. De todos modos, cuando usted se vaya de aquí estoy seguro de que no nos guardará rencor.

—Me gustaría que fuese así, señor Johns.

—Bien… ¡Bien, bien, bien! Usted está aquí porque, en mi opinión, es la mejor periodista del mundo —movió las manos—…

Por favor, nada de expresiones de falsa modestia, señorita Montfort. Todos sabemos que es así. Y si cupiera alguna duda respecto a su total predominio mundial en el periodismo lo solucionaríamos diciendo que yo la he elegido a usted porque de entre todos los grandes cerebros del periodismo el suyo es el que considero que puede serme más útil.

—¿Útil para qué? ¿Y por qué cree eso?

—Creo eso porque a veces, yo diría que siempre, no basta tener talento, sino que hay que saber utilizarlo. Y para mí, saber utilizar el talento significa… sentir un gran respeto por la Humanidad, ante todo. ¿Está de acuerdo conmigo?

—Por completo.

—Eso demuestra que la he elegido bien. ¿Para qué? Pues, para una labor grandiosa y que alguien debe iniciar de una vez por todas: salvar a la Humanidad.

Brigitte entornó ligeramente los párpados. ¿Estaba loco aquel hombre? No lo parecía en modo alguno. Era calmoso y sereno, su timbre de voz era suave y nítido, sus ojos expresaban una gran inteligencia calmada. Nada de locura.

—¿De qué hemos de salvar a la Humanidad? —preguntó.

—De sí misma. O mejor dicho, del resto de la Humanidad.

—Perdone, pero no comprendo, señor Johns.

—Sin embargo, sí me comprenderá usted si digo que la mayor parte de la Humanidad está… esclavizada y manipulada por una minoría a la que podríamos llamar selecta.

—¿Se refiere a los gobernantes?

—A los gobernantes y a sus asesores, naturalmente. En cada actividad del ser humano, los gobernantes y quienes están tras ellos han colocado unos líderes adecuados para manipular a las masas Por ejemplo, determinados estratos de la alta milicia hacen lo posible por convencer al pueblo de que la guerra es una… actividad noble y heroica cuando se trata de defender la patria. ¿Es así?

—Creo que sí, es así.

—¿Y usted qué opina al respecto? ¿Cree que dicen la verdad? ¿Cree usted que la guerra puede ser algo noble en alguna circunstancia?

John Johns, sin saberlo seguramente, estaba atacando el punto más sensible de la personalidad de Brigitte Montfort, que detestaba,

por encima de todo, las guerras. Sin embargo, ella no sabía quién era aquel hombre, ni qué pretendía, y no le pareció oportuno sincerarse con él, por el momento, poner de relieve sus más básicas características de su personalidad de Baby.

—Bueno —mintió parcialmente—, yo creo que si la patria está en peligro hay que aprestarse a su defensa, señor Johns.

—Tal vez. Pero el peligro de un país significa la agresión por parte de otro, ¿no? Entonces, es a ese otro al que vamos a juzgar. ¿Consideraría usted, por ejemplo, que Estados Unidos tendría derecho a invadir otro país?

—Las circunstancias que…

—Me está decepcionando usted. Mire, señorita Montfort, no hay nada de noble en las guerras, entiéndalo bien. No hay nada que pueda justificar que unos cuantos millones de seres humanos se enfrenten a muerte. ¿Está esto claro?

—Le entiendo bien, sí.

—Sin embargo, se trata de alucinar al pueblo con consignas bélicas falsamente patrióticas. En fin, el resultado es que el pueblo considera la existencia del ejército y por tanto de las guerras como algo… normal. ¿Está de acuerdo con esto?

—Bastante, sí.

—¿Y usted cree que es normal? ¿O por el contrario ha reflexionado ya sobre el hecho de que esa ingenua creencia del pueblo es debida a que ha sido y está siendo manipulado mentalmente?

—No comprendo adónde quiere ir a parar, francamente.

—Quiero convencerla a usted, si es que realmente no se ha dado cuenta, de que la masa humana está siendo manipulada en todos los órdenes y sentidos. Mediante consignas que emanan de las altas esferas del poder, se manipula la mente del ser humano corriente en todos los aspectos. Se le ha «educado» para que crea y viva como las altas esferas quieren que vivan y crean. Lo mismo en lo de las guerras que en las demás cosas. Se les engaña respecto a lo que han de comer, a cómo han de vivir, a que deben trabajar tantas o cuantas horas, a que deben pagar impuestos, casarse, tener documentos, ver la televisión, jugar a los bolos y aprender Religión o Matemáticas o Literatura. Pero siempre, en cualquiera que sea la actividad que el ser humano elija, los seres de las altas esferas ya

han decidido qué es lo que debe saber y hacer. Por lo tanto, la masa humana está manipulada. ¿Cierto o falso?

—Me parece que usted ha estudiado esto lo suficientemente a fondo como para precisar mi opinión.

—Desde luego. Hablemos, por ejemplo, de la profesión de usted: el periodismo. ¿Qué son los periódicos, sino un medio más para manipular las mentes de los lectores, «educarlos», llevarlos mentalmente hacia posturas, opiniones y decisiones… que han sido decididas de antemano en las altas esferas?

—Hasta ahora —consiguió sonreír Brigitte, mientras comenzaba a sentir un vacío en el estómago— yo había creído que los periódicos eran órganos informativos para el pueblo.

—¿Realmente? ¿Eso es lo que hace usted? ¿Informar al pueblo? ¿O bien obedece consignas secretas provenientes de altas esferas que a cambio de su… colaboración a sus propósitos la han encumbrado?

—Me parece que está usted diciendo que yo escribo dirigida por otras personas, señor Johns.

—Exactamente.

—Entonces, se equivoca.

—¿De veras? ¿No es usted de esos periodistas de alto nivel que fabrican mensajes dictados por los seres de las altas esferas?

—Jamás nadie ha dirigido mis artículos, se lo aseguro.

—En ese caso, señorita Montfort, de nuevo me felicito por haberla elegido. Porque usted, persona honesta y leal con sus lectores, va a ser la persona que les abrirá los ojos en cuanto a la manipulación de que son objeto por parte de los medios informativos en general.

—¿Qué quiere decir?

—Tenemos aquí invitados que pertenecen a diversas ramas del saber humano: ecologistas, economistas, sociólogos, filósofos, místicos, consejeros económicos, militares…, y ahora, usted, que será nuestro portavoz del periodismo. Cada una de las personas antes mencionadas sabe que, dentro de su actividad, hay un fraude hacia la masa humana, que es engañada respecto a economía, religión, misticismo, filosofía, convivencia social… Siempre, siempre, siempre es engañada la masa humana, jamás se le dice la verdad de nada, sólo se le dice lo que conviene decirle para que siga

trabajando y callando. Y nosotros vamos a terminar con eso, señorita Montfort. Cada uno de mis invitados ha grabado o está a punto de grabar un mensaje aclaratorio sobre la verdad de su actividad manipuladora. Usted lo hará sobre la presión que la prensa ejerce en el pueblo.

—¿Y qué ganaremos con ello?

—Despertar a la Humanidad a una era de auténtico progreso y vivencias realmente humanas.

—¿En cuánto tiempo?

—Ya.

—¿Quiere decir que piensa usted difundir por medio de la televisión, o quizá la radio, o cualquier otro medio de difusión, esas ideas que acaba de exponerme…, y que piensa hacerlo ya, ahora, de golpe, sin preparar antes a las gentes?

—Exactamente eso pienso hacer. Y tengo mis medios.

—Tal vez —dijo secamente Brigitte—. Pero no cuente conmigo para semejante empresa, señor Johns. No así.

—Usted, simplemente —sonrió John Johns—, hará lo que yo le diga que haga.

Brigitte iba a replicar, con tono más bien agrio, cuando John Johns hizo un gesto, y Bob sacó una pistola con la que apuntó al pecho de la espía internacional. Ésta no tuvo tiempo de nada, no hubo más avisos ni más explicaciones. Bob disparó, se oyó un leve chasquido, y Brigitte sintió un pinchazo sobre su seno derecho. Se miró allí, y vio la jeringuilla clavada en su carne tras atravesar la ropa.

La jeringuilla pareció deformarse ante los ojos de Brigitte, onduló, se tornó borrosa, giró… Su cabeza pareció flotar un instante, y acto seguido salir disparada hacia el reino de las sombras y el silencio absoluto.

# Capítulo IV

Despertó lentamente. Vio el artístico quinqué sobre su cabeza, allá en lo alto de la tienda. Las ideas comenzaron a regresar, muy despacio, y la sensación de flotación fue desapareciendo. Por fin, todo quedó quieto y claro.

Estaba de nuevo en la tienda de campaña.

Durante unos minutos permaneció inmóvil, tomando consciencia de sí misma. Estaba viva, y, al parecer, en perfecto estado, ya que incluso comenzó a sentir hambre. No apetito, sino hambre. Esto le pareció extraño, pues había desayunado bien no hacía mucho…

¿O hacía mucho? ¿Cuánto tiempo había permanecido dormida?

Despacio, se sentó en la cama. Igual que la otra vez, sus zapatos estaban junto al camastro. La placa de la calefacción estaba encendida; la puerta de lona, cerrada. La temperatura, gracias a la placa eléctrica, era tibia, agradable. Su maletín continuaba en el mismo sitio.

Todo igual.

Se puso en pie, fue a apartar la lona, y salió de la tienda. Estaba anocheciendo. Así pues, había estado dormida prácticamente todo el día… Pero no comprendía esto. ¿Con qué objeto la habían tenido dormida todo el día? ¿Para qué?

Un hombre salió de una tienda cercana, la vio, y, tras vacilar, se acercó a ella, sonriendo de modo extraño.

—¿Qué tal? —preguntó—. ¿Cómo se siente?

—Bien, gracias… Tengo hambre, eso es todo.

—Es natural, después de un día y medio sin comer. Me llamo Michael Dennison; soy ecologista.

Tendió la mano, y Brigitte la aceptó, musitando:

—Brigitte Montfort, periodista.

—Sí, lo sé. La conozco, naturalmente.

—¿Qué ha querido usted decir con eso de un día y medio sin

comer? Desayuné bien esta mañana.

—No —sonrió Dennison—. Desayunó ayer por la mañana. Pero no se preocupe, no pasa nada malo. Dentro de poco podrá comer todo lo que quiera. No recuerda nada, ¿verdad?

—No… Nada.

—Lo mismo nos pasó a los demás. Sin embargo, todos nos hemos tenido que resignar a la idea de que, realmente, lo hicimos.

—Hicimos… ¿qué?

—Ya lo verá usted. Por mi parte… Perdone, ya nos veremos.

Dennison se alejó casi precipitadamente. Brigitte volvió la cabeza, y vio a los dos hombres del servicio de vigilancia del *camping* acercándose.

—Señorita Montfort —dijo uno de ellos al detenerse ante ella—, si es tan amable de acompañarnos podrá cenar usted en la Dirección.

Brigitte se limitó a asentir con la cabeza, y poco después entraba en el *bungalow*. Fue introducida en un cuarto pequeño, en el que al poco le sirvieron una abundante y apetitosa cena…

¿Qué había hecho ella? No recordaba haber hecho nada. Sólo dormir. ¿Había hecho algo en sueños? Era absurdo.

Hacía unos diez minutos que había terminado de cenar, y estaba tomando café cuando apareció una vez más el siempre sonriente Bob.

—¡Hola! ¿Cómo va eso?

—Perfecto —dijo Brigitte—. Ningún problema.

—Me alegra mucho saber eso. Si está dispuesta la llevaré a visionar su grabación.

—¿Qué grabación?

—Venga —rió Bob—. John Johns nos está esperando en la salita. Todo está preparado.

Segundos después entraban en la salita donde el día antes había conocido a John Johns. Éste se levantó a saludar muy cortésmente a Brigitte, se sentó de nuevo, y señaló el televisor con video que había sobre una mesita.

—Per favor, Bob.

—Enseguida.

Bob puso en marcha el televisor. Hubo unas rayas, unos sonidos, y acto seguido apareció la imagen de Brigitte. Estaba sentada tras

una mesita en la que había un montón de periódicos, un libro y cigarrillos. Brigitte se vio a sí misma mirándola directamente a los ojos desde la pantalla.

Enseguida, sonó una voz en *off*:

—Les presentamos a la señorita Brigitte Montfort, norteamericana conocida en el mundo entero, periodista, Premio Pulitzer, nominada para la Presidencia de los Estados Unidos en las pasadas elecciones, y ex reina temporal de Atlantic Kingdom. Aunque, ciertamente, sobraba toda presentación, nos ha parecido oportuno recordar los detalles más relevantes de una de las más conocidas personalidades mundiales. Señorita Montfort, buenas noches.

BRIGITTE: Buenas noches.

VOZ *OFF*: Ante todo, nuestro Grupo Reivindicador le agradece a usted su buena disposición a colaborar con este programa en el que intervienen otras personalidades, y cuyo propósito único es despertar la conciencia de las masas a su verdadera condición de seres humanos.

BRIGITTE: Lo hago con gran placer y con plena conciencia de mis actos.

Al oír esto, Brigitte se inclinó hacia delante, aproximando su rostro al de ella misma en el televisor. Miró sus ojos en la pantalla, y no vio nada anormal en ellos. Sin embargo, ella sabía perfectamente que si había realmente grabado aquel programa (y de eso no se podía dudar), no había sido con plena conciencia de sus actos. La droga. Le habían inyectado una droga que… Pero… ¿qué estaba diciendo Brigitte Montfort en la pantalla? ¿Se había vuelto loca?

BRIGITTE: … en todo este montón de papeles —su mano se posó sobre el montón de periódicos—. No es que sean mentiras propiamente dichas. Son verdades. Pero verdades fabricadas al gusto y conveniencia de las altas esferas, no de la Humanidad en general.

VOZ *OFF*: ¿Sería tan amable de aclarar eso, por favor?

BRIGITTE: Con mucho gusto. Supongamos, por ejemplo, que a Estados Unidos le interesa iniciar una guerra con Méjico.

Claro que no dirá tal cosa al público, sino que se las arreglará, mediante maniobras de tipo económico, político y militar para que, cuando invada Méjico, los doscientos cincuenta millones de norteamericanos estén convencidos de que el honor y la seguridad de Estados Unidos exigían esa decisión, y de que, si es necesario, hay que dar la vida por el triunfo de Estados Unidos. Y nosotros, desde los periódicos, exaltamos a los norteamericanos, les convencemos de que los mejicanos son seres odiosos que merecen ser aniquilados. Mientras tanto, en las altas esferas se frotan las manos de codicia observando cómo sus proyectos de dominio político, y por tanto económico, van por el camino que ellos decidieron.

VOZ *OFF*: Entonces, señorita Montfort, ¿es cierto que los periodistas de alto nivel, tanto los que escriben directamente para el público, como quienes dirigen los periódicos, reciben consignas de las altas esferas, encaminadas a manipular la mente del pueblo?

BRIGITTE: Naturalmente que es cierto.

VOZ *OFF*: ¿Ha tomado usted parte alguna vez en esas… maniobras de manipulación?

BRIGITTE: Evidentemente. Si no lo hubiera hecho no podría estar ahora aquí, hablando con esta seguridad.

VOZ *OFF*: ¿Qué clase de manipulaciones ha llevado usted a cabo?

BRIGITTE: Por ejemplo, mis artículos han sido siempre pacifistas, todo el mundo lo sabe. Soy partidaria del desarme total, y así lo digo en mis artículos sobre el tema. Sin embargo, lo digo de tal manera que al mismo tiempo dejo entrever al lector medio los peligros que entrañan el hecho de que la Unión Soviética sí disponga de armamento. La reacción del lector mínimamente preparado es pensar que yo soy una buena persona, pero que Estados Unidos hace muy bien en prepararse para la guerra. Y eso es precisamente lo que a mí se me ha ordenado que consiga con mis artículos supuestamente pacifistas.

VOZ *OFF*: ¿Consigue usted sus solapados propósitos con esos artículos, señorita Montfort?

BRIGITTE: Soy una buena periodista, y he sido muy bien preparada. Claro está que lo consigo. Aleccionada adecuadamente por…

Brigitte se puso en pie, se acercó al televisor, y lo apagó. Se volvió hacia John Johns y Bob, que si esperaban un gesto de rabia o de rebeldía se llevaron el chasco de sus vidas. El rostro de la señorita Montfort no podía estar más sereno.

—No me gusta el programa esta noche —dijo—. Hasta mañana.

—Señorita Montfort —rió Bob—, ¡esto no es un programa de dibujos animados! ¡Se está perdiendo lo mejor!

Brigitte miró inexpresivamente a Bob. Luego, con fijeza, a John Johns.

—Dígame, John Johns: ¿quién lo manipula a usted?

—No sea absurda.

Brigitte no replicó. Se dirigió hacia la puerta, y abandonó el saloncito.

* * *

En total, Brigitte había reunido en su tienda a doce «invitados» de John Johns, sin problema alguno; era evidente que John Johns conocía aquella reunión, pero no parecía tener la menor intención de interrumpirla. Y muy pronto iba a saber Brigitte por qué, al terminar ella su explicación a los reunidos.

—En definitiva, señorita Montfort —dijo el coronel Jeremy Mandel—… ¿qué es lo que no aprueba usted de los proyectos de John Johns? A todos nosotros nos han parecido… digamos razonables.

—¿Razonables? —Exclamó Brigitte—. ¡Por el amor de Dios! ¡No son factibles, de ese modo! ¡No se le pueden decir esas cosas a la Humanidad, así de pronto!

—Entonces, no se trata de que usted no esté de acuerdo con los propósitos de John Johns —intervino el filósofo Edward Pendleton—, sino de su medida del tiempo. O sea, que seguramente los aprobaría si los fuera llevando a cabo más lentamente. ¿Es así?

—Si la información que él pretende facilitar a la Humanidad fuese adecuadamente dosificada —respondió Brigitte—, es posible que yo estudiara con más benevolencia esos proyectos, señor Pendleton.

—Ya. Pero mire usted, nosotros nos encontramos en una situación de conciencia, señorita Montfort. Porque, sépalo, la actitud de ese hombre no está basada en mentira alguna. Como filósofo, puedo decirle que he llegado a la conclusión de que todos los sistemas filosóficos son una patraña, y tienden exclusivamente a clasificar a las masas en grupos para controlarlos según una u otra filosofía. Por ejemplo, si escuchamos a mi colega Russell, dice que hay que buscar y gozar los bienes materiales; en cambio, mi otro colega, Schopenhauer, dice que la única felicidad es la que podemos conseguir de nosotros mismos, de nuestro interior. Son opuestos, ¿verdad?

»Y sin embargo, ambos tienen seguidores. Yo he llegado a la conclusión de que posiblemente ambos sistemas mienten en todo o en parte, y que debe existir otra verdad más nítida y auténtico manantial de felicidad para el ser humano. Ese… manantial se nos oculta, y en cambio se nos ofrecen doctrinas o filosofías que, como le digo, tienden a formar grupos de comportamiento conocido, y, por tanto, fácilmente controlable. Señorita Montfort, la Humanidad está realmente siendo controlada por toda una serie de consignas de las altas esferas. Y puesto que yo he tenido la oportunidad de decirlo, lo he dicho.

Se hizo un breve silencio.

Por fin, el economista Alger Owens alzó una mano.

—Si yo le contara a usted las manipulaciones que se hacen con la riqueza del mundo, se echaría a llorar, señorita Montfort. Como no quiero cansarla, se lo voy a resumir: ¿quiénes son los seres humanos que crean toda clase de riqueza?

—Los obreros —musitó Brigitte.

—Sin duda. Y dígame: ¿quiénes son los seres humanos que menos disfrutan de todas las riquezas del mundo?

—Los obreros —casi gimió Brigitte.

—¿Y esto no le parece a usted un escarnio?

—¡Pero no podemos…!

—Espere, yo también tengo algo que decir —gruñó el ecologista

Michael Dennison—… ¿Sabe usted que estamos pudriendo el mundo? ¿Lo sabe?

—Sí, claro, pero…

—Escuche, señorita Montfort, el mundo seguirá su marcha después que la Humanidad haya desaparecido; el planeta Tierra se regenerará, y volverá a ser puro y limpio. Pero nosotros, si seguimos así, ya no estaremos aquí.

Y mientras estamos, sufrimos las consecuencias del desastre ecológico que se está permitiendo. Ignoro con qué propósito, estoy reflexionando sobre ello, pero lo cierto es que ese desastre ecológico se está permitiendo. ¿O cree usted que las autoridades competentes del mundo no podrían detener ese desastre ecológico?

—Si quisieran, sí.

—Entonces… ¿por qué no quieren?

—Señor Dennison, yo no pretendo…

—No sé lo que pretende usted, pero sé lo que pretende John Johns, y yo voy a apoyarle. Simplemente, le haré a la Humanidad la misma pregunta que le he hecho a usted: ¿por qué las autoridades competentes no detienen el deterioro del planeta? ¿Qué interés les guía, qué beneficios para ellos esperan conseguir con ese desastre que parece inevitable?

Brigitte permaneció muda.

El coronel Mandel sonrió secamente, y dijo:

—En cuanto a mí, y puesto que soy militar, si usted quiere puedo decir que las guerras son maravillosas. ¿Quiere que lo diga, señorita Montfort?

—¡Por Dios, claro que no!

—Entonces, tengo que decir lo que desea John Johns, ¿no? Y ello, por la sencilla razón de que lo que él desea es lo mejor para la Humanidad. ¿O no? ¿Cree usted que no?

—¡No lo sé!

—¿Cómo que no lo sabe?

—¡Lo que sé es que ese hombre me ha utilizado a mí de un modo abusivo, me ha hecho decir cosas que yo no quería decir…! Y si ha hecho eso conmigo puede hacer también juego sucio en cualquier otra cosa o cuestión.

—Simplemente, él desea sus servicios. Como se suele decir, el fin justifica los medios.

—¡No!

—Se está usted exaltando —dijo serenamente el místico Leonard Borensen—. Y ello, por nada, ya que todos aquí estamos de acuerdo en que la Humanidad debe saber sobre sí misma mucho más de lo que hasta ahora se le ha permitido saber. Y me sorprende mucho que una persona de la calidad humana de usted no esté de acuerdo con esto, señorita Montfort. ¡Me sorprende mucho!

—¡Yo estoy de acuerdo, pero no estoy de acuerdo en hacerlo ahora, de pronto! ¡Sería un caos!

—No veo por qué. El saber siempre es beneficioso… ¿Qué le ocurre?

Brigitte, que había quedado súbitamente como ensimismada, tardó algunos segundos en mirar de nuevo a Borensen. Y tanto éste como los demás se sorprendieron grandemente al ver el duro gesto que por un instante se plasmó en los labios de la hermosa periodista.

—No me ocurre nada, señor Borensen. Gracias a todos. Creo que no tiene objeto que sigamos conversando.

—Todavía no ha escuchado usted los razonamientos de todos los aquí reunidos —protestó uno de éstos.

—Le ruego que me disculpe, señor Bittelman. Tiene usted razón, por supuesto, pero creo… que no me encuentro muy bien. Si no les importa preferiría continuar esta reunión por la mañana.

—Por supuesto, querida jovencita. ¿Necesita algo? ¿Podemos ayudarla de algún modo?

—No, no… Gracias. Me duele un poco la cabeza, eso es todo. Creo que me he excitado demasiado. Se me pasará descansando.

—Avísenos, a cualquiera de nosotros, si necesita algo.

—Sí, sí, lo haré, gracias…

Segundos más tarde, Brigitte quedaba sola en la tienda de campaña, mucho más caldeada que antes debido a la estancia de tantas personas allí concentradas.

Se quitó los zapatos, y, vestida, se tendió en el camastro.

Pero, desde luego, ni le dolía la cabeza ni sentía ninguna otra clase de malestar.

Simplemente, había visto claro. O se lo parecía…

De modo que iba a actuar en consecuencia. Sabía que en el doble fondo de su maletín tenía la pistola de chachas de

madreperla, pues aunque lo habían registrado no habían sabido descubrirlo. Una pistola como aquélla no servía de nada contra una docena de vigilantes y unas alambradas que, tres segundos después de ser tocadas, serían electrificadas. Y en tres segundos, tras provocar la alarma, ella sabía que no podría escalar la alambrada y saltar al otro lado.

Sin embargo, podía hacer otra cosa mucho más simple: pedir una entrevista con John Johns, simulando que había recapacitado y que quería cambiar impresiones con él. Y en esto no tendría dificultades: controlaría a John Johns rápidamente, amenazándolo con la pistola, y…

Y oyó los pasos que se acercaban a la tienda.

Se sentó rápidamente en el camastro, y su mirada fue hacia el maletín. Pero no convenía precipitarse. Esperaría a ver quién la llamaba desde afuera, y entonces decidiría.

Sólo que esta vez no hubo llamada alguna. La puerta de lona fue apartada, entraron dos hombres, se apartaron, y Bob entró por el hueco, sonriente, sin ceremonia alguna.

—Señorita Montfort —dijo alegremente—, póngase el abrigo, por favor. Vamos a sacarla de aquí.

—¿Qué quiere decir?

—Simplemente, John Johns ha decidido prescindir de su colaboración, tras mucho pensarlo. Los demás llegaron aquí a la fuerza, como usted, y algunos de ellos tuvieron que ser sometidos al mismo proceso para que hicieran sus grabaciones. Pero ahora, ellos están convencidos, y usted no. De modo que John Johns ha decidido privarse de su estimable colaboración; la vamos a devolver a Nueva York. Es decir, la llevaremos adonde está su coche y la dejaremos marchar.

Brigitte bajó la mirada, para que Bob no viera su expresión. Una expresión tan fría que habría incluso sobresaltado a Bob.

—Muy bien —dijo con voz sin matices la espía—, lo prefiero así.

Se calzó, se puso en pie, y comenzó a ponerse el abrigo, en lo que Bob la ayudó muy amablemente. Pero cuando ella quiso coger su maletín, se adelantó a su gesto, quedándose con él.

—Yo se lo llevaré, no se preocupe.

—Gracias.

Cuando salió de la tienda de campaña, Brigitte sabía que

aquellos tres hombres tenían orden de matarla.

Pero no allí, en el *camping*. Simularían que la iban a dejar en libertad, a fin de no inquietar a los demás invitados, y en un lugar conveniente para ellos la matarían y ocultarían su cadáver de modo que jamás fuese encontrado.

—El caso es —dijo, mirando a Bob, que caminaba a su lado— que he estado reflexionando, y me gustaría hablar con John Johns.

—Ya no tiene objeto. John Johns lamenta mucho no contar con usted, pero él también ha reflexionado, y no podría confiar en su sinceridad. Lo siento.

Brigitte apretó los labios. ¿De modo que la decisión de matarla no admitía componendas? Muy bien. Por el momento, había algo que iba a su favor: la iban a sacar de allí. Lo que significaba que no tendría dificultad alguna en pasar la alambrada.

Llegaron detrás del *bungalow* de la dirección, donde estaba el coche en el que la habían traído allí. Los dos hombres pasaron a los asientos delanteros, uno de ellos al volante, y ella y Bob ocuparon el asiento de atrás. El coche rodó silenciosamente hacia la entrada del *camping*, cerrada por una sección de alambrada que el vigilante de turno abrió. Cuando el coche hubo salido el hombre volvió a cerrar la entrada.

Afuera todo era bosque. Debía de hacer un frío terrible…, estuviesen o no estuviesen en Canadá. Al respecto, Brigitte tenía sus dudas, por no decir que estaba segura de que no se hallaban en Canadá. Claro que no. Nada de fronteras. Estaban en Estados Unidos, posiblemente en el estado de Connecticut…, y no demasiado lejos de Hunting Ridge, el lugar adonde los tres primeros hombres encargados de secuestrarla debían haberla llevado.

No había una sola luz afuera, no se veía más que bosque por todas partes. La carretera secundaria parecía conducir a una enorme boca negra en la que los árboles eran los dientes. Brigitte miró de reojo a Bob, que parecía normal, tranquilo, sonriente como siempre. Nadie hablaba.

Unos veinte minutos más tarde, el coche perdió velocidad, y a los pocos segundos se detuvo. Bob la miró amablemente.

—Salga, por favor.

—¿Mi coche está aquí?

—En efecto.

Brigitte inició un gesto como para volverse hacia la portezuela, pero, de pronto, giró el torso y disparó su puño derecho hacia el rostro de Bob. Fue un directo terrible, un *tsuki* de karate que seguramente habría matado a Bob si los reflejos del atractivo atleta no hubieran funcionado a la perfección. Consiguió esquivar el impacto en la cara, pero no en el hombro; un impacto tan fortísimo que Bob fue lanzado contra la ventanilla emitiendo un aullido… La mano izquierda de Brigitte asió el maletín, se echó hacia la portezuela, tiró de la manilla, y la empujó con la espalda, saliendo disparada al exterior.

Toda su acción fue tan rápida que cuando estaba rodando por el suelo los dos hombres que acompañaban a Bob apenas habían tenido tiempo de sacar sus pistolas y volverse hacia el asiento de atrás.

—Cazadla —jadeó Bob, lívido su rostro crispado por el atroz dolor—… ¡Vamos, salid a matarla!

Pero la señorita Montfort corría ya hacia el interior del bosque, y cuando los dos hombres salieron apenas vieron, a la luz que esparcían los faros del coche, una sombra que enseguida se esfumó. Los dos dispararon hacia allí rápidamente dos o tres veces. Dentro del bosque, se oyeron los chasquidos de las balas contra los árboles, y eso fue todo. Ni un grito de dolor, ni una exclamación de sobresalto o de miedo… Nada.

Los dos hombres echaron a correr en pos de la fugitiva, mascullando maldiciones. Y muy pronto alcanzaron la zona adonde no llegaba el resplandor de las luces del coche. Ante ellos, la terrible oscuridad del bosque, en la que parecían flotar sus chorros de vapor producidos por la agitada respiración.

Tambaleante, Bob salió del coche. Le colgaba inerte el brazo izquierdo, pero la mano derecha empuñaba firmemente la pistola.

—¡Señorita Montfort! —llamó—. ¡Sé que me está oyendo! ¡Y escúcheme bien: le mentí respecto a su ama de llaves, todavía está con dos de mis hombres! ¡Y no sólo ella, sino su amigo Frank Minello, que fue a visitarla! ¡Venga usted aquí, o daré la orden de matarlos a los dos en cuanto llegue a un teléfono!

En la total oscuridad del bosque, Brigitte, que acababa de sacar a tientas su pistolita del doble fondo, se estremeció. Y no de frío. ¿Decía la verdad aquel hombre? Porque, si decía la verdad…

—¡No confié en usted en ningún momento, nunca creí que mis tres hombres no hablaran con usted! —gritó Bob—. ¡Y ahora me alegro de ello! ¡Salga de ahí o daré orden de que los maten!

«Eso será si puedes», pensó Brigitte.

Con el maletín en la mano izquierda y la pistola en la derecha, emprendió el regreso hacia la carretera, dando un rodeo para eludir a los otros dos.

Su objetivo era Bob. Solamente Bob.

# Capítulo V

De pie junto al coche, Bob pareció presentir algo. Fue como si le llegara un aliento de frío mucho más intenso que el de la noche. Se estremeció, y se apresuró a meterse de nuevo dentro del vehículo. Se estiró hacia el asiento delantero, y apagó todas las luces y el motor.

El súbito silencio fue terrible.

Y la oscuridad era tan completa que Bob no veía ni sus propias manos. Por un momento tuvo la sensación de estar dentro de un ataúd. Intentó escuchar, pero no había nada que pudiera ser escuchado.

Transcurría el tiempo y el silencio, y a cada instante Bob se iba poniendo más y más nervioso. Si sus hombres no regresaban era que no habían conseguido cazar a la fugitiva. Una fugitiva cuya personalidad se iba agigantando por momentos en la mente de Bob. El hombro izquierdo le dolía horriblemente, era insoportable.

«Debe de haberme roto algún hueso —pensó—… ¿Cómo ha podido hacerlo, cómo una mujer como ella sabe golpear de ese modo? ¿Qué clase de persona es realmente Brigitte Montfort?».

Los pelos se le habrían puesto de punta a Bob si hubiera conseguido una respuesta. Porque la señorita Montfort era la clase de persona entrenada para luchar por su supervivencia en cualquier circunstancia.

Por ejemplo, en aquellos momentos, apagadas todas las luces del coche, sumida en la más completa oscuridad, la señorita Montfort estaba inmóvil, sin atreverse a dar un paso más, pensando que si seguía caminando y los dos hombres estaban inmóviles corría el riesgo de darse de manos a boca con cualquiera de ellos, tal era la oscuridad. De modo que seguir caminando hacia la carretera era correr un riesgo auténtico y excesivo. Incluso podía hacer cualquier ruido al pisar una rama seca, o meterse en algún arbusto.

Ruido.

Ruido…

Se inclinó, muy despacio, y dejó el maletín en el suelo.

Tanteó cuidadosamente, hasta que su mano encontró, en efecto, una rama seca, que podría haber sonado como un disparo al ser partida con un pie. La alzó cuidadosamente, se irguió, y echó el brazo atrás. Un instante más tarde, la rama salía disparada, chocó con algo, se partió…

De la oscuridad comenzaron a brotar fogonazos en dos puntos diferentes, y varias balas fueron hacia la zona donde la rama había producido el ruido. Baby Montfort alzó su pistolita, y disparó sin vacilar hacia uno de los puntos de fuego. Por encima de los chasquidos de los silenciosos disparos sonó el grito del hombre, un quejido roto, agudo. El ruido de unos matorrales, en verdad insignificante, pareció el que produciría una manada de elefantes en la selva.

Brigitte se dejó caer al suelo cuando dos balas crujieron por encima de su cabeza, y lanzó un grito de dolor. Ahora, los dos hombres sabían que ella estaba armada, y no podía esperar sorprenderlos en ese sentido, tenía que recurrir a otro truco.

—¡Dark! —Oyó—. ¡Le he dado! ¿Me oyes, Dark?

Silencio. El finísimo oído de la espía estaba atento. Extendió el brazo armado. No dispararía hasta estar segura de que era el momento de hacerlo. Si fallaba, el hombre se daría cuenta de que, o bien estaba fingiendo, o bien estaba todavía en condiciones de hacerles frente.

—¿Dark? —llamó el hombre.

La voz llegaba de entre los árboles. Demasiados árboles. Oyó ruidos por delante de ella, pero no consiguió localizarlos bien. Tres segundos más tarde volvió a oírlos.

Dos segundos más tarde, disparó.

Oyó el grito de dolor, más ruido de arbustos… Brilló un fogonazo, y entonces sí pudo ver, justo encima, el rostro crispado del hombre.

Plof, disparó da nuevo la divina espía.

Oyó el gemido de agonía, y luego el ruido del cuerpo al caer pesadamente. Todavía escuchó otro gemido, y hasta llegó a oír el último suspiro del hombre…

Más allá, desde dentro del coche, Bob había visto los diversos fogonazos entre los árboles, y comenzó a tranquilizarse. Por supuesto, quienes disparaban eran Dark y Mahoney, ya que la señorita Montfort no llevaba arma alguna. Habían registrado bien su maletín, y no habían encontrado nada inquietante. Pero entonces… ¿por qué ella se había llevado el maletín?

Bob salió de nuevo del coche, y llamó:

—¡Mahoney! ¡Dark! ¿La tenéis ya?

Silencio.

Bob se dispuso a llamar de nuevo, pero comprendió de súbito que no tenía sentido. Si ellos no habían contestado era porque no podían. Por lo que fuese, no podían hacerlo. O porque estaban en peligro si lo hacían, lo que significaba que Brigitte Montfort sí disponía de armas…, o porque ya no podían contestar de ninguna manera.

No vaciló ni un segundo más. Se metió dentro del coche, ahora ante el volante, y dio el encendido del motor y de las luces, que se proyectaron carretera adelante cegándolo. No iba a quedarse allí. Sabía que no debía quedarse allí.

Apretó el pedal del gas. Y justo entonces, en la carretera, a unos cien metros por delante de él, apareció la figura que inmediatamente identificó, al aire los largos cabellos negros. Primero Bob tuvo intención de frenar. Luego, aceleró, riendo agudamente al ver a Brigitte Montfort plantarse en el centro de la carretera.

Su risa quedó congelada cuando vio a la hermosa periodista afirmar los pies al suelo y extender el brazo derecho. Por un instante, todo lo que sintió Bob ante aquella figura y aquella actitud fue admiración. Luego, dejó de verla, porque el parabrisas se convirtió en una telaraña blanca, que de pronto saltó hacia dentro, pulverizada.

Bob recibió tantos impactos de parabrisas en el cuerpo y en la cara que la bala que le acertó en el centro de la frente llegando tras la primera ni siquiera la sintió. Pero la bala perforó su frente, y se alojó en el cerebro. Bob no se enteró de nada. Simplemente, cayó de bruces sobre el volante. Éste giró, echando hacia un lado el cadáver de Bob. El coche se salió de la carretera, y se estrelló contra uno de los enormes árboles.

La gran llamarada que envolvió de pronto el vehículo iluminó a la señorita Montfort, todavía de pie en el centro de la carretera, y con el brazo derecho extendido.

* * *

—Buenos días, señorita Montfort —salió el viejo Pete de su cabina, acudiendo al encuentro de Brigitte—... ¡Parece que otra vez ha estado de viaje!

—Así es, Pete —sonrió Brigitte, besando cariñosamente al conserje del Crystal Building en una mejilla, privilegio que envidiaba a Pete la totalidad de inquilinos del edificio—... ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Oh, como siempre. Bien. Normal.

—Estupendo. La normalidad me gusta. ¿Sabe si está Peggy en casa?

—Debe de estar, porque hoy todavía no la he visto salir.

—¿Ayer sí la vio salir?

—Sí, sí. Normal, ya le digo. Aunque me parece que Peggy no se encuentra muy bien. Hace mala cara, ¿sabe? Le dije que debería ir al médico, pero no creo que lo haya hecho. ¡Usted tiene que obligarla a hacerlo!

—Naturalmente.

—El que hace días que no viene es Frankie. ¡Espero que no esté enfermo también!

—¿Quién? —rió Brigitte—. ¿Frankie? ¡Ése no se pone enfermo ni por prescripción facultativa! De todos modos le llamaré inmediatamente. ¿Cuándo lo vio la última vez?

—Pues me parece que hace tres noches... Le vi subir, pero no bajar. Bueno, como a veces se queda hasta tarde haciendo compañía a Peggy cuando usted no está... Oiga, no es que piense nada malo, ¿eh?

—Claro que no. Hasta luego, Pete.

—Celebro su vuelta, señorita Montfort.

Ésta le envió otra sonrisa, se metió en el ascensor de los pisos veinte al treinta, y pulsó el botón del veintisiete. Una de dos: o no estaba sucediendo nada anormal, y Frankie, simplemente, aquellos días no había podido acudir a visitar a Peggy, o Frankie estaba

arriba, controlado por los hombres de Bob, mientras éstos permitían que Peggy hiciera vida normal para no llamar la atención. Y, por supuesto, si dejaban salir a Peggy era con la amenaza de matar a Minello si ella cometía cualquier tontería.

El ascensor llegó velozmente al piso veintisiete, y Brigitte lo abandonó y se dirigió hacia la puerta de su apartamento. Introdujo el llavín en la cerradura, abrió, y entró, con toda tranquilidad.

—¿Peggy? —llamó—. ¡Ya estoy de vuelta! ¿Peggy?

No recibió respuesta alguna. La señorita Montfort no se alteró. Caminó por el amplio pasillo, separó las puertas correderas que daban al salón, y entró, con toda normalidad… Pero se detuvo en seco al contemplar la escena.

Frank Minello estaba sentado en un sillón, con las manos a la espalda y los pies sólidamente atados, además de estar sujeto al sillón por hilo de nylon. Tenía un tremendo hematoma en la frente, y su rostro con barba de dos o tres días aparecía cansado y furioso. Y, de pronto, aterrado.

—Brigitte —jadeó—… ¡No!

Brigitte parpadeó, y miró a Peggy, sentada en otro sillón Luego, miró al hombre que estaba detrás de Frankie apuntándole a la nuca con una pistola, y acto seguido al otro, que hacía lo mismo con Peggy, que parecía realmente encontrarse muy mal.

—Pero… ¿qué pasa aquí? —Exclamó la más hipócrita espía del mundo—. ¿Qué significa esto? ¡Bob me aseguró que…! ¡Ustedes ya debían haberse marchado de aquí!

—Y usted no debería estar aquí —dijo uno de los hombres.

—¿Cómo que no? —Protestó airadamente Brigitte—. ¡Ésta es mi casa, así que…!

—¿Dónde está Bob? —La interrumpió el otro sujeto.

—No tengo ni idea. Me dejaron en el lugar donde habían escondido mi coche, me dijeron que podía regresar, y eso he hecho. ¡Hagan el favor de marcharse de una vez!

—No lo haremos sin hablar antes con Bob.

—Pues llámenlo —señaló el teléfono—… ¡Esto no es lo que él me dijo, me mintió! ¡Pues me va a oír, porque…!

—Cierre la boca —masculló uno de los hombres.

—¡Usted es un grosero, y le advierto…!

—Si no cierra la boca se la voy a cerrar yo —la miró torvamente

el sujeto; miró un instante a su compañero—. Llama a Bob.

—Es él quien tenía que llamarnos a nosotros cuando pudiéramos irnos de aquí.

—Ya lo sé, pero no lo ha hecho, ¿verdad? Yo creo que ha ocurrido algo con lo que no contábamos, y que puede tener que ver con lo de los tres tontos que Bob contrató para lo otro, y que desaparecieron… Esta cotorra parlanchina —miró a Brigitte— no debería estar aquí sin que Bob nos lo hubiera advertido. Llámalo.

—Está bien.

—Y usted —miró el sujeto a Brigitte—, siéntese ahí y no abra la boca, ¿me entiende?

Brigitte apretó los labios con un gesto muy femenino de enfado, y se sentó con señorial gesto en otro sillón. Fruncido el ceño, miró al hombre que estaba marcando el número en el teléfono. El fino oído de la espía internacional oyó incluso la llamada al otro lado. Una llamada que se fue repitiendo, repitiendo…

—No contesta —murmuró el sujeto.

—Quizás hayas marcado mal. Vuelve a llamar, no quiero hacer algo que luego cabree a Bob. Llama de nuevo.

El hombre volvió a discar el número. Estaba cometiendo uno de los errores más grandes de su vida, pero ni remotamente se le ocurría nada semejante. Ni en sueños podía admitir que la señorita Montfort, tan sólo escuchando el girar del disco y viendo las distintas posiciones de sus dedos sobre éste, sabía ya a qué número había llamado.

De nuevo el sonido de la llamada una vez, y otra, y otra… Brigitte miraba de uno a otro hombre, que a su vez cambiaron una mirada. Una mirada tal que incluso Peggy comprendió cuál era el mensaje silencioso que estaban intercambiando: estaban alarmados, los iban a matar a los tres, y a escapar de allí a toda prisa…

—Cuelga —dijo el que llevaba la voz cantante—. Esta mujer ha querido engañarnos, así que…

El hombre no dijo nada más. Su asombro fue tan grande al ver la pequeña pistolita en la mano de la señorita Montfort, que parecía haberse introducido en el escote casualmente, que no reaccionó salvo para abrir la boca.

Plof, disparó Brigitte.

Frank Minello ni siquiera se encogió cuando la bala crujió por

encima de su cabeza. Miraba entre fascinado y aterrado a Brigitte, que apuntaba ahora al hombre que había telefoneado, para lo cual había dejado su pistola sobre la mesita. El hombre había gritado, había empuñado rápidamente la pistola, y hasta consiguió encarar el arma hacia Brigitte.

Pero ésta disparó de nuevo, y la bala dio en la frente del hombre, como había sucedido con el anterior. Y todo ello hecho con tal rapidez que cuando el segundo hombre murió el primero todavía no había llegado al suelo. Lo hizo un instante después, resonando blandamente su corpachón sobre la alfombra persa. El otro cayó de lado sobre la mesita del teléfono, arrastrándolo todo consigo al suelo.

Brigitte suspiró, y se relajó de golpe. Peggy, que miraba de uno a otro cadáver con ojos desorbitados, emitió un gemido y se desmayó. Minello, lívido, aulló:

—¡Podían haberte matado!

—Por favor, Frankie, cállate.

—¿Que me calle? ¡Te digo que estos…!

—¡Que te calles! —gritó Brigitte.

Y escondió el rostro entre las manos, que Minello vio temblar fuertemente. No dijo nada más. Había visto a Brigitte luchar muchas veces, había arriesgado su vida con ella en varias ocasiones, sabía que la agente Baby tenía una serenidad y un valor a toda prueba. Tal vez por eso, de pronto, comprendió todo el tremendo esfuerzo que había tenido que hacer Brigitte esta vez para permanecer serena y dominar sus nervios cuando sabía que un solo fallo por su parte podía costarle la vida a él o a Peggy.

No sólo había tenido que matar a dos hombres, sino que había tenido que hacerlo en menos de medio segundo, sin poder permitirse el más pequeño fallo en su puntería, pues si el hombre que estaba detrás de él, especialmente, llegaba a disparar, la bala habría volado su propia cabeza, la de Frank Minello.

Así que Frankie se calló.

* * *

—O sea —gruñó Charles Alan Pitzer—, que no dijeron en ningún momento nada que pueda servirnos.

—Ya lo he explicado, ¿no? —Gruñó también Minello—. Hablaban de tonterías entre ellos y con nosotros, se burlaban de cuando en cuando, decían que iban a violar a Peggy… Cosas así. Veían la televisión, leían, comían, bebían… Cuando uno de ellos dormía el otro nos vigilaba con más atención. Cada día dejaban salir a Peggy, pero amenazándola con matarme a mí si le decía a alguien lo que estaba ocurriendo aquí.

—Ya supusimos eso —masculló Pitzer—. Por eso, ni nos acercábamos a Peggy cuando la veíamos salir. Temíamos algo así.

—¡Pues buena ayuda son ustedes, maldita sea!

—Tampoco usted fue un héroe cuando se dejó cazar, ¿no?

—¿Y qué demonios quería que hiciera? Entro aquí, y me encuentro a Peggy atada y amordazada y con un sujeto apuntándole a la nuca con la pistola… ¿Qué quería que hiciera?

—Pues hizo usted lo mismo que nosotros, ¿no es así? Ceder. Porque si usted hubiera hecho alguna intentona de rebelarse, ahora estaría muerto, y quizá también Peggy. Y mire, Frankie, cuando pensaba tan sólo en cómo me miraría Brigitte si usted o Peggy morían, se me quitaban las ganas de intervenir. Era mejor no inquietar a esos dos sujetos, simplemente.

—¡Siempre tiene que ser ella la que resuelva los problemas!

—Bueno, cálmese. Todo está bien ahora.

Minello echó un vistazo a los dos cadáveres, ocultos ahora, uno junto al otro, por una sábana. Muy pronto, la CIA se encargaría de llevárselos, con toda la discreción que el caso requería. Nadie sabría nunca que del apartamento de la simpática y dulce señorita Montfort habían salido dos cadáveres. Simón-Floristería era el encargado de dirigir esta operación, y de iniciar las investigaciones en torno a los dos sujetos, en cuyas billeteras habían encontrado documentos con sus nombres. Mientras tanto, por supuesto, personal especializado estaba localizando el lugar donde estaba el teléfono al que el sujeto había llamado, y cuyo número había facilitado Brigitte. No obstante, respecto a esto existía siempre un margen de error, el fallo era posible, por fino que fuera el oído de Brigitte, por fiel que fuera su memoria para recordar incluso todo un conjunto de sonidos al girar de un disco telefónico.

Brigitte apareció en el salón, y fue a sentarse junto a Frankie.

—Ya está más tranquila. ¿Y tú, Frankie?

—Yo estoy bien. ¡Pero como le ponga la mano encima a ese Bob…!

—Creí que ya habías comprendido que lo maté, Frankie.

—Pu-pues no… No.

—Está muerto.

—Pero… ¿qué demonios está pasando?

Brigitte lo explicó, y Pitzer y Minello escucharon con toda atención, si bien el primero ya estaba al corriente.

—… Y después de matar a Bob, llamé por la radio. No obtuve respuesta, pero el incendio del coche, que se estaba propagando por el bosque, atrajo a algunos automovilistas, y finalmente a una dotación de guardabosques…

—¿Y qué te dijeron?

—Frankie, no seas tonto. No me dejé ver. Simplemente, me alejé de allí, y seguí llamando por la radio hasta que obtuve respuesta. Entonces pasaron a recogerme dos Simones, avisamos a otros, y fuimos hacia el *camping*… Cuando llegamos allá lo encontramos abandonado. Por fortuna, en contra de mis temores, no mataron a los invitados. Se los llevaron…, espero que vivos, claro. Bueno, hay un equipo de la CIA registrándolo todo allá, pero no creo que encuentren nada que nos sirva. En cuanto a mí, pude venir antes a ayudaros, pero temía que si llegaba a una hora intempestiva las cosas fuesen peor.

—Lo que no comprendo —murmuró Minello— es cómo ese John Johns no llamó aquí, a esos dos tipos, para decirles que nos mataran.

—Tal vez llamó —sonrió Brigitte—, pero lo primero que hice en cuanto pude comunicarme con tío Charlie fue pedirle que cortara mi línea telefónica, que no empalmamos de nuevo hasta que yo decidí que ya podía subir.

—¿Cómo es posible que siempre pienses en todo?

—Siempre, no, ni mucho menos. Depende de lo que está en juego. Aunque siempre se puede producir el fallo, claro está.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Bueno, tenemos dos posibilidades. Una de ellas es el número de teléfono que espero haber memorizado bien, y que ya están localizando. La otra es ir a mi escondrijo, donde un Simón está vigilando a mis tres prisioneros desde que despertaron, y ver si se

les puede sacar algo más. Tendré que asustarlos un poco, pero no hay más remedio que intentarlo.

—Yo voy contigo —exclamó Minello.

—Desde luego que sí —le sonrió Brigitte—. Y Peggy también. Y ello porque os vais a quedar los dos allí hasta que todo este asunto termine. Frankie —se adelantó a las protestas de éste—: no tengo la menor intención de discutir contigo.

—Está bien… Lo que no comprendo es por qué tus Simones no te siguieron de algún modo hasta ese *camping*. Hay muchos trucos para dejarles una pista, desde el transmisor que puedes tragarte hasta el que se puede colocar en el coche…

—No sabía con qué clase de gente estaba tratando exactamente. En cambio, sí sabía que Peggy estaba en manos de ellos. Cualquier fallo por mi parte o por la de mis Simones, y a Peggy la habrían matado. De modo que decidí actuar sola, como casi siempre. Y ya que hablamos de actuaciones, creo que no debo perder más tiempo y hacerles una visita a mis invitados.

# Capítulo VI

Terry Shaw, Sam Calders y Noah Mitchell, los «invitados» de Baby, no veían un futuro muy esperanzador para ellos, desde luego.

Tras el largo sueño, del que habían despertado hambrientos y doloridos, se habían encontrado sometidos a la vigilancia de un hombre joven, fuerte y con cara de malas pulgas del que sólo obtuvieron una información: él era agente de la CIA, y había sido colocado allí para vigilarlos cuando despertaran; si se portaban bien, y ni siquiera hacían intentos para desatarse, seguirían vivos; si hacían el tonto, los mataría.

Y eso fue todo.

Hasta que la situación empeoró, cuando apareció la rubia acompañada de otros dos hombres como el primero. Ella se sentó ante ellos, y fue directa al asunto:

—He conocido a John Johns. ¿Saben de quién les hablo?

—No… Escuche, estamos muertos de hambre y sed, y…

—Pronto haremos un trato, y podrán comer. Ahora les interesa saber también que he matado a Bob, y a otros dos tipos, llamados Dark y Mahoney, a cierta distancia del *camping*. ¿Conocían ustedes el *camping*?

—¿Qué… qué *camping*?

—Noah, no estoy bromeando —replicó fríamente Baby.

—¡No sabemos nada de ningún *camping*! ¡Ni conocíamos a ese Dark, ni a Mahoney, sólo a Bob!

—En estos momentos algunos compañeros míos están buscando la ubicación del teléfono que Bob estaba utilizando. ¿Pueden ahorrarnos ese pequeño trabajo y decirnos cuál es el lugar?

—No lo sabemos… ¡Era Bob quien se ponía en contacto con nosotros! —exclamó Shaw.

—Muy bien. Entonces, escuchen esto otro: estamos investigando los nombres de ustedes tres y de Dark y Mahoney en nuestros

archivos y en los del FBI. Con Bob no es factible, por el momento, al desconocer su apellido, pero pronto sabremos algo. Y si mis informaciones me demuestran que no han querido colaborar conmigo me voy a enfadar mucho con ustedes. ¿Siguen sin tener nada que decirme?

—Ya le dijimos todo lo que sabemos… ¡Todo!

—De acuerdo. Ahora les van a soltar las manos, y podrán comer y beber. Luego, cuando reciba la información, decidiré qué hago con ustedes. Lo diré por última vez: si me han estado ocultando algo y dificultando así mi trabajo lo van a pasar muy mal.

Ninguno de los tres dijo nada.

La rubia volvió a asentir, se puso en pie, y abandonó el saloncito.

Recorrió el pasillo, y entró en otro cuarto, donde estaban Charles Alan Pitzer, Minello y la asustada Peggy.

—No saben nada, estoy segura —dijo Brigitte—. Sólo son tres canallitas que utilizaban para los trabajos visibles. Quizá sí consigamos algo con Dark y Mahoney, pero no con estos tres. Bueno, me parece que no tenemos más remedio que esperar.

—Mi ayudante nos llamará desde la floristería en cuanto reciba allá cualquier noticia —aseguró Pitzer.

—Lo sé.

La primera noticia, un par de horas más tarde, procedía de la investigación telefónica: el número que Baby había indicado estaba ubicado en un apartamento del edificio número 18 de Melrose Avenue, en Hunting Ridge, ocupado por un hombre llamado Robert Scarson, que no se hallaba en el apartamento. Lógico: estaba muerto carbonizado entre los restos de un coche.

Otra hora más tarde, llegaron informes de la Central, que Simón-Floristería se apresuró a pasar telefónicamente al escondrijo de Brigitte Baby Montfort. Ésta, tras reflexionar, cursó una nueva visita a sus «invitados».

—Tengo informes sobre ustedes —dijo, sentándose de nuevo ante ellos—: son tres criminales de poca monta que han sido procesados varias veces por delitos comunes, e incluso han cumplido pequeñas condenas. ¿Esto es correcto?

—Sí —murmuró Mitchell.

—Muy bien. Respecto a Dark y Mahoney la cosa está un tanto

indecisa, pero siguen buscando. Sin embargo —Brigitte decidió jugar su última carta—, sí tengo noticias concretas de Josuah Kerr y Martin Lawrie, ¿comprenden?

Miraba muy atentamente a los ojos de uno y otro hombre. Y captó perfectamente su desconcierto. Mala suerte. No le había servido de nada omitir la existencia de los dos hombres que había matado en su apartamento para conseguir, quizás, un mejor resultado al sorprender a los tres prisioneros.

—¿Quiénes son esos dos? —murmuró Calders.

—¿Seguro que no los conocen?

—No. Seguro.

—Pues les diré que Martin Lawrie y Josuah Kerr eran dos criminales de mucha mayor envergadura que ustedes; y supongo que llegaremos a saber lo mismo de Mahoney y Dark. Es decir, que ustedes, comparados con esa gente, casi son angelitos. Ahora escúchenme bien, porque voy a hacerles mi oferta definitiva; si la aceptan y la cumplen bien dispondrán de veinticuatro horas para salir de Estados Unidos… y no volver jamás. Si no la aceptan yo me las arreglaré para que vayan a parar a la cárcel, y esta vez, óiganlo bien, para el resto de sus vidas. ¿Les interesa el trato?

—¿Qué tenemos que hacer? —murmuró Shaw.

* * *

Hacia las cinco de la tarde Sam Calders, Terry Shaw y Noah Mitchel llegaban en su coche a Hunting Ridge, estado de Connecticut. Cinco minutos más tarde habían localizado Melrose Avenue, ante cuyo número 18 detuvieron el automóvil.

Se apearon, y, tras mirar a ambos lados de la avenida, entraron en el edificio. Efectivamente, en uno de los buzones constaba el nombre de Robert Scarson, como había asegurado la rubia; el apartamento allí indicado era el 2 C. Subieron los tres, y Calders, que era el que había admitido disponer de más conocimientos al respecto, utilizó la ganzúa que la rubia le había facilitado para abrir la puerta.

No fue en absoluto difícil. Los tres hombres entraron en el apartamento, cerraron la puerta, y cambiaron una mirada.

—Me siento como en una ratonera —masculló Shaw, inquieto—.

Tal vez debimos intentar escapar con el coche.

Mitchell le dirigió una mirada cargada de irritación.

—¿Todavía no te has convencido de que estás en las zarpas de la CIA? —Gruñó—. Esa «buena» idea tuya ya debe de haberla previsto la rubia. Nos habrían cazado en pocos minutos, y ella se habría enfadado. Se habría enfadado mucho.

Se estremeció, y no dijo nada más.

Sam Calders descorrió las cortinas de las ventanas, mientras Mitchell encendía casi todas las luces del apartamento. Desde la calle sería imposible no darse cuenta de que el apartamento estaba ocupado…, y de eso se trataba, precisamente.

—Hay bastante *whisky* aquí —dijo Shaw, que había abierto el pequeño mueble-bar—… ¿Echamos un trago?

Comenzaron a beber y a fumar. Cada uno de ellos, en el fondo, deseaba que el maquiavélico plan de la rubia no se cumpliese. ¡Ojalá nadie acudiese al apartamento de Bob al ver luces encendidas! Al fin y al cabo ellos habrían cumplido su parte, y ello sin complicarse más la vida…

Sus deseos no se vieron cumplidos.

Cerca de las ocho de la noche sonó la llamada a la puerta del apartamento, causándoles un buen sobresalto.

—Quizá sea alguno de la CIA que viene a ver cómo están las cosas por aquí —dijo Mitchell, queriendo conservar todavía la esperanza.

Que tampoco se cumplió.

Sam Calders fue a abrir. Se quedó mirando a los dos hombres jóvenes y atléticos que había en la puerta, ataviados con pantalones tejanos y gruesos jerseys.

—¿Qué desean? —murmuró Calders.

Los dos hombres entraron, y uno de ellos cerró la puerta. El otro miraba fríamente a Calders, y luego a Shaw y Mitchell, que se habían puesto en pie, sombríos.

—¿Cómo demonios han llegado aquí? —preguntó el hombre.

—Oiga, amigo, un momento —masculló Mitchell, adelantándose—. Primero diga quién es usted, y luego…

—Soy amigo de Bob.

—¡Ah! Bueno, pues nosotros también. Hemos venido aquí porque Bob nos dijo que lo hiciéramos si teníamos dificultades, y

que entonces nos ayudaría a…

—Bob ha muerto. ¿No lo sabían?

—No… No.

—Pero ustedes son Shaw, Mitchell y Calders, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y Bob les dijo que podían venir aquí?

—Así es.

—¿Qué clase de dificultades han tenido?

—Sólo se lo diremos a John Johns —dijo Shaw, resuelto.

Aquí terminaba la parte más difícil de su trato con la rubia de la CIA. Si aquella gente aceptaba llevarlos con ellos, habrían cumplido su parte sobradamente. Y si no era así, la habrían cumplido también, ya que cuando aquellos dos sujetos se fueran de allí, posiblemente diciéndoles que esperasen, la rubia y los otros de la CIA los seguirían y encontrarían a John Johns… O aceptar esto o pasarse el resto de la vida entre rejas.

Los dos recién llegados se habían mirado, y ahora estaban cuchicheando. Luego, uno de ellos dijo:

—De acuerdo, iremos a ver a John Johns. Tenemos dos coches abajo…

—Hemos venido con el nuestro.

—Ni hablar de utilizar su coche —gruñó el otro—. Si han tenido dificultades quizá lo están buscando, ¿no han pensado en eso? De modo que lo van a dejar abandonado, y más adelante ya veremos qué hacemos con él. Hay un Dodge negro ahajo —tendió las llaves—. Suban a él y vengan detrás de nosotros, que iremos en el Ford… ¿Seguro que no les han seguido?

—Llevamos aquí tres horas —gruñó Shaw—. Si supieran dónde estamos ya nos habrían metido mano.

—De acuerdo. Bajen dentro de un par de minutes. Verán el Ford pasar por delante de la casa. Sígannos.

Shaw se quedó con las llaves del coche en la mano, y los dos visitantes abandonaron el apartamento. Ellos tres lo hicieron un par de minutos más tarde. El Ford pasó junto al Dodge cuando apenas se habían acomodado los tres en éste.

Partieron tras el Ford.

Calders iba al volante del Dodge. Las instrucciones de Baby estaban bien claras: en cuanto el destino fuese conocido ellos

estaban en libertad de escapar, nadie se lo impediría. Y Calders trazó rápidamente su plan, que expuso a sus compañeros, ambos en el asiento de atrás:

—En cuanto veamos dónde van esos tipos nos desviamos y nos largamos a toda velocidad. Podemos llegar con este coche hasta la frontera con Canadá, y pasar al otro lado. Luego, ya veremos. ¿Estáis de acuerdo?

Los dos estuvieron de acuerdo.

Muy pronto dejaron atrás la localidad de Hunting Ridge, viajando por la 104, que abandonaron al llegar al primer cruce con una secundaria. Por delante de ellos, en la oscuridad, veían ahora solamente las rojas luces de posición del Ford, el tráfico era muy escaso en aquella secundaria.

—Si se han metido por aquí —dijo Calders— es que no debemos de estar muy lej…

Y eso fue todo.

Quizá por una millonésima de segundo, antes de morir, los tres hombres vieron la gran llamarada que envolvió el coche, y hasta pudieron oír el fortísimo estampido. Pero sólo durante una millonésima de segundo, porque la muerte fue fulminante. El coche reventó brutalmente, lanzando cristal pulverizado y trozos de chapa retorcida a todas partes en un radio no inferior a setenta metros, mientras lo que quedaba de él, un amasijo de hierro y carne humana, saltaba un par de metros en línea vertical, caía, y explotaba de nuevo al incendiarse el depósito, que lanzó una oleada de fuego alrededor…

El calor, y hasta un cierto impacto de onda expansiva, llegó al Ford que iba por delante, como empujándolo.

—¡Demonios! —aulló el conductor—. ¡Podías haber esperado a que acelerase un poco más!

—¿Qué más da? —rió el otro, con el detonador de radio en las manos—. ¡Vaya faena, pobres imbéciles! No debe de haber quedado de ellos ni los dientes. Bueno, acelera ahora: no quiero perderme la fiesta.

Rieron los dos. Pero de pronto, el que conducía lanzó una imprecación al mirar hacia atrás por el retrovisor. El otro se volvió en el asiento, y vio el automóvil que pasaba como una exhalación por un lado de la carretera dejado libre por el incendiado Dodge.

—Es un deportivo —dijo—, así que nos va a alcanzar. Y no vamos a correr el riesgo de que sea un automovilista cualquiera que no quiera saber nada del asunto, así que da todo el gas. Cuanto antes lleguemos a donde está el helicóptero, mejor. Y será mejor para ese amigo que viene detrás que no quiera meterse con nosotros.

El que iba al volante dio todo el gas. El Ford parecía volar sobre la secundaria. Las luces largas inundaban de luz el asfalto y el arbolado a ambos lados. El sujeto que había hecho estallar a distancia la carga colocada en el Dodge iba vuelto mirando el deportivo. Y su ceño se fue frunciendo.

—No parece que tenga intención de alcanzarnos —murmuró.

—Entonces es que quiere seguirnos. ¡John Johns tuvo razón, por lo tanto: han utilizado a esos tres para tendernos una trampa!

—Pues se van a llevar un buen chasco. Reduce un poco la velocidad: estamos llegando. Bueno, lo siento por este coche.

Volvieron a reír.

El deportivo seguía tras ellos, manteniendo en todo momento su velocidad.

—¿Puedes ver a alguien en el deportivo?

—No. Las luces me lo impiden.

—Bueno, no importa. Estamos llegando ya al cruce.

Llegaron al cruce un par de minutos más tarde. Inmediatamente de quedar frenado el coche, los dos hombres saltaron de éste, y echaron a correr hacia el arbolado. Se detuvieron apenas recorridos veinte metros, y se volvieron. Esperaban ver las luces del deportivo junto a las del Ford, pero no fue así. El deportivo pasó zumbando junto al Ford, pero comenzó a frenar casi enseguida, deteniéndose a unos doscientos metros. Al resplandor de sus luces vieron a dos hombres y una mujer apeándose.

—Lo mejor sería que nos largásemos —dije el conductor.

—No, espera. Seguro que van a acercarse a nuestro coche. Y entonces… ¡pum! —Mostró el detonador por radio.

Las luces del deportivo fueron apagadas, y entonces la mujer y los dos hombres sólo resultaron levemente visibles a las luces largas del Ford. Levemente y brevemente, porque enseguida desaparecieron. Casi al mismo tiempo, aparecieron las luces de otro coche, procedentes del lugar donde había quedado el incendiado

Dodge. El automóvil recién aparecido se detuvo a unos cien metros por detrás del Ford, y tres hombres se apearon rápidamente…

—¡Simón! —Sonó clara y fuerte la voz femenina—. ¡No se acerquen a ese coche!

—La madre que parió a esa mujer —masculló el del detonador—… ¿Crees que ha adivinado algo?

—John Johns no es la única inteligencia del mundo —gruñó el otro—. Venga, deja esto y vamos al helicóptero.

—Espera un momento, hombre… Quizás alguno de esos tipos se acerque al coche. Y de todos modos, tenemos que volarlo, ¿no? Es un coche robado, pero ahora hay huellas nuestras en él.

—Pues aprieta ese botón y larguémonos.

—Espera un poco, maldita sea…

Las luces del deportivo y del último coche en llegar estaban apagadas. El Ford, con las luces de situación y las largas proporcionaba una iluminación muy aceptable a su alrededor. Pero no se veía a nadie.

—Están acercándose a nuestro coche —susurró el del detonador—, pero por los lados de la carretera, a ver si queda alguien dentro. En cuanto vean que no hay nadie quizá se acerquen.

—Estamos perdiendo demasiado tiempo… ¡Vámonos! ¡Ya harás eso desde el helicóptero!

De mala gana, el del detonador tuvo que admitir que su compañero tenía razón, así que se dirigieron ambos arbolado adentro, hasta llegar al pequeño claro donde estaba el helicóptero. Todo perfecto: John Johns era un genio de la estrategia. ¡Un genio!

Los dos hombres abordaron el helicóptero, y el que había conducido el Ford tomó también los mandos.

—Haz explotar eso ahora —dijo—, y así no oirán el helicóptero. Y cuando nos vean ya no podrán hacer nada.

—Buena idea. Pero espera, tengo que cambiar la señal…

Movió el pequeño dial del aparato, y apretó el botón. En la carretera apareció la llamarada, y sonó el fortísimo estampido. A la luz de las llamas vieron la enorme bola negra que ascendió hacia el cielo, como algo siniestro. Las palas del helicóptero comenzaron a girar, el aparato se elevó con un suave vaivén.

—Date una pasada por allá, a ver cómo está la cosa.

El helicóptero se elevó más, hasta alcanzar una altura a la que

no llegarían las balas de ninguna pistola. Los dos hombres vieron el incendio del Ford, y, a cierta distancia, algunos hombres mirando hacia ellos, iluminados por las llamas.

—No veo a la mujer —dijo el del detonador.

—¿Qué más da? ¡Larguémonos de una maldita vez!

Cierto.

Ellos no podían ver a la mujer.

Pero los agentes de la CIA que miraban hacia el helicóptero sí la veían perfectamente, a la luz del incendio. Aterrados, el grupo de Simones vieron cómo su idolatrada Baby se perdía en la noche…, sentada en la barra transversal del tren de aterrizaje del helicóptero.

* * *

Todo perfecto.

Salvo por el frío.

Un frío espantoso agravado por la velocidad de la marcha del helicóptero. Un frío tan terrible que cuando Brigitte decidió no soportarlo más y arreglárselas para escalar el tren de aterrizaje y meterse dentro del aparato, se encontró con el gran inconveniente de que apenas podía moverse. Estaba como congelada. Y sus manos, aferradas a los soportes laterales, parecían clavadas allí. No podía ni mover los dedos.

Sabía que estaban viajando hacia el sur, lo que era un mínimo consuelo, pues si hubieran viajado hacia el norte, cada vez más frío el ambiente, la situación habría ido empeorando para ella; incluso podría haber llegado el momento en que, paralizada por el frío, sus manos se hubieran soltado del tren de aterrizaje…

El viaje duró casi una hora. Para entonces, Brigitte ya no sentía frío ni sentía nada. Estaba insensibilizada, y sabía que si al tomar tierra aquellos hombres la descubrían podía darse por muerta, pues no podría ni moverse.

El helicóptero perdió altura un par de minutos después de dejar atrás una localidad, y finalmente llegó en vuelo muy bajo a una explanada cerca de la cual había una villa muy iluminada tanto en el interior como en los jardines que la rodeaban. Había mucha gente en los jardines.

Brigitte vio el suelo a menos de dos metros, esperó todavía un

poco más, y, haciendo un esfuerzo soltó sus manos y saltó hacia delante, siguiendo la ya lenta marcha del helicóptero. Cuando sus pies tocaron tierra le pareció que sus piernas se iban a romper por mil sitios a la vez, pero la relativa velocidad de la marcha evitaron esto: encogió la cabeza, rodó tres veces sobre sí misma, sintiéndose morir, y luego se encontró tendida en el suelo cara a las estrellas.

Unos veinte metros más allá, ahora muy cerca de los jardines de la villa, el helicóptero descendió verticalmente hasta posarse en tierra. Brigitte no se movió. Apenas habría podido hacerlo. Todo lo que hizo fue meter una mano entre sus muslos, en busca de la pistola, que llevaba adherida a uno de ellos con un trozo de esparadrapo color carne, según su costumbre. Tocó la pistola, pero los dedos no la obedecieron, no pudo arrancarla.

Las aspas del helicóptero dejaron de girar. Ahora pudo oír, procedente de la villa, un amortiguado rumor de voces, y, por encima de ellas, la música.

Casi enseguida oyó la voz de uno de los hombres:

—Me parece que la fiesta todavía no ha comenzado.

—Querrás decir que está en marcha, pero que todavía no les han ofrecido a los invitados la mejor parte. ¡No me habría gustado perdérmela!

—Ese John Johns tiene unas ideas maquiavélicas…

Los dos hombres se alejaron hacia la casa. Brigitte estuvo todavía un minuto inmóvil. Luego, comenzó a mover los dedos de las manos y los pies, a flexionar los codos y las rodillas, a mover el cuello, los hombros… Tres minutos más tarde conseguía llegar al helicóptero, dentro del cual se metió. En la parte de atrás encontró una vieja cazadora de piel, que se apresuró a ponerse. Se quedó quieta ahora, sintiendo poco a poco el calor. Comprendió que todo iba bien cuando comenzaron a chocar sus dientes. Estaba reaccionando de verdad, sentía el calor de la sangre, unos fuertes hormigueos recorrían sus miembros.

Una fiesta.

Al parecer John Johns estaba dando una fiesta. ¿A quiénes? ¿Qué clase de personalidades de mente criminal podían estar en tratos con John Johns? Sí, mentes criminales, porque Brigitte estaba convencida de que aquella gente, fuese quien fuese, estaba tramando algo criminal. El caos. Sí, estaba segura de ello.

Habían transcurrido casi diez minutos desde que llegara al lugar cuando se encontró poco menos que en perfectas condiciones. Había perdido un zapato, que encontró cerca del helicóptero cuando saltó de éste. Se lo puso, y se encaminó hacia los jardines de la villa.

Sí, había mucha gente allí, pero no era en modo alguno la clase de gente que Brigitte Montfort esperaba encontrar. Había incluso muchachos de apenas catorce o quince años, chicas de su edad, parejas jóvenes y parejas de edad madura, algunos ancianos. No era, tampoco, una fiesta elegante, pues todos vestían de cualquier manera. Parecía… un pícnic, una fiesta popular campestre. Todos reían, y comían bocadillos y bebían cerveza, ponche, Coca-Cola… La clase de fiesta a la que la gente sencilla acude a divertirse ingenuamente. El desconcierto de la espía era total.

Pero una cosa era segura: si aquello estaba organizado por John Johns, el mal debía de estar en alguna parte.

Y la señorita Montfort decidió encontrar el foco del mal.

Segundos más tarde, se mezclaba con los invitados de John Johns.

# Capítulo VII

Caminando sonriente entre la algarabía de invitados, se acercó a la larga mesa colocada en un lado del jardín donde se servían bocadillos y bebidas, tras asegurarse de que no estaban por allí los dos hombres del helicóptero, que debían de haberla visto en la carretera.

Sí estaban, en la mesa, dos de los hombres que había conocido en el *camping*, uno de los cuales se quedó mirándola con socarrona amabilidad y dijo:

—Hola, preciosa. ¿Qué vas a tomar?

—Un bocadillo de jamón y cerveza —sonrió Baby.

—Servicio rápido —rió el hombre, disponiéndose a entregarle lo pedido; cuando lo hizo se quedó mirándola—… ¿No nos hemos visto antes de ahora?

—Tal vez —sonrió la rubia de ojos verdes—… Si quiere se lo pregunto a mi novio, a ver si él lo recuerda, porque yo no.

El hombre torció el gesto en lo que quiso ser una sonrisa. Brigitte se alejó, mordiendo el bocadillo y con una lata de cerveza en la otra mano. Si el hombre llegaba a asociarla, con su aspecto actual, a la morena señorita Montfort de ojos azules, mala suerte, pero mientras tanto se iba a tomar las cosas con calma. Quería saber qué estaba ocurriendo allí. Luego, ya vería.

—¿Qué tal? —Se detuvo ante una pareja de ancianos, muy sonriente—. Bonita fiesta, ¿verdad?

—Es muy simpática —asintió la anciana—. El señor Johns ha sido muy amable al invitar a tanta gente del pueblo.

—Sin duda. Pero dígame… ¿qué pueblo?

—Honesdale, naturalmente —la miró sorprendida el anciano—. ¿No es usted de allí?

—No, yo he venido de otro sitio —sonrió Brigitte—. A decir verdad ni siquiera sé muy bien a qué se debe la fiesta. Me han

traído unos amigos para darme una sorpresa.

—Pues no seremos nosotros quienes le estropeemos la sorpresa a sus amigos —rió el hombre—. ¿De dónde han venido ustedes?

—A decir verdad, estamos de paso. Hasta luego.

Se alejó. Honesdale. Si no estaba equivocado esta localidad correspondía al estado de Pennsylvania. Bonita situación. Ni siquiera tenía la radio para intentar llamar a los Simones… ¿Tal vez podría llegar hasta algún teléfono y hacer una llamada a la floristería de tío Charlie en Nueva York?

—¡Hey, rubia! —llamó un muchacho alto y espigado—. ¡Ven a moverte conmigo!

—Cuando termine el bocadillo —dijo amablemente Brigitte—… No me olvides.

El muchacho rió, y continuó bailando solo, como si tal cosa. Había mucha gente bailando, mucha gente hablando, mucha gente comiendo y bebiendo… Calculó que había allí no menos de quinientas personas en total. Era todo tan chocante que tardó algunos segundos en darse cuenta de lo que estaba mirando.

Cuando lo comprendió, dejó súbitamente de masticar.

Era una gigantesca pantalla de televisión, electrónica, colocada sobre fuertes soportes en un lado del jardín, cerca de la casa. Se quedó inmóvil mirándola. Inmóvil de cuerpo, pero no de mente.

Y de pronto, todo tuvo sentido.

John Johns se disponía a televisar el programa piloto de su proyectada serie de televisión, para valorar la reacción de la sencilla gente del pueblo, de los ciudadanos corrientes y molientes.

La música que impartían unos altavoces terminó, y, acto seguido, se iluminó la gigantesca pantalla, en colores. Apareció una orquesta de jóvenes haciendo ruido a todo volumen. Entre la multitud sonaron los grititos histéricos de las muchachas, que avivaron su ritmo de baile. La pantalla era preciosa, las imágenes eran nítidas… Parecía cine. Pero no era cine, sino películas de video.

—¿Estás sola?

Brigitte miró al hombre que se había colocado junto a ella, y que la miraba en actitud de ligar. Un tipo alto y fuerte, de aspecto algo tosco, pero noble.

—Sí, estoy sola —le sonrió—… O lo estaba hasta ahora. ¿Te

importaría sostenerme esto? Vuelvo enseguida.

—Aquí te espero —el hombre se hizo cargo de la «cena» de la espía internacional.

Brigitte se dirigió hacia el fondo del jardín, pasando algo alejada de la pantalla, la rodeó, y llegó a la parte de atrás de la casa, a la que entró por una ventana cuya hoja no estaba bajada hasta el alféizar. Cruzó la habitación, abrió cuidadosamente la puerta, y salió al pasillo del fondo del vestíbulo. La música llegaba a sus oídos como muy lejana.

Caminó pasillo adelante, hacia el amplio vestíbulo, pero sólo unos pocos pasos, pues al pasar ante una de las puertas oyó el rumor de voces al otro lado.

Se acuclilló ante la cerradura, y acercó el ojo derecho.

Lo primero que vio fue la imagen de John Johns. Estaba sentado a la cabecera de una alargada mesa, alrededor de la cual había varios hombres, que le escuchaban atentamente. No los conocía, ninguno de ellos había estado en el *camping*. Y no le sorprendió en absoluto, porque los rostros de aquellos hombres no tenían signo alguno de intelectualidad, sino más bien frías expresiones de maldad, de crueldad. La música, aunque muy amortiguada, le impedía oír lo que estaba diciendo John Johns, así que ladeó la cabeza y aplicó el oído al agujero de la cerradura.

—… importantísimo para nuestra Organización de Terrorismo Mundial. En poco tiempo habremos desbancado a la Internacional Terrorista y a todos esos absurdos grupos del terrorismo convencional. Los nuevos tiempos exigen nuevos métodos en todo, y el terrorismo también tiene que renovarse. Hasta ahora, eran las armas las que sustentaban el terrorismo, y ello hacía que el radio de influencia de éste fuese muy limitado. Pero con la televisión y mi procedimiento de…

Brigitte se estremeció, y dejó de oír en el acto a John Johns, porque toda su atención se centró en el duro contacto que acababa de sentir en su cabeza, en la coronilla.

Enseguida, oyó la voz masculina:

—Ponte de pie, jovencita. Despacio.

Obedeció, muy lentamente, irguiéndose y quedando de espaldas al hombre.

—Vuélvete que te vea la cara.

Brigitte se volvió. El hombre la apuntaba al pecho con una pistola provista de silenciador. La espía más peligrosa del mundo abrió mucho los ojos al mirar la pistola, y se llevó una mano a la boca, con el clásico gesto de miedo.

—De modo que escuchando, ¿eh?

—Estaba… estaba buscando… un teléfono, y… y como oí voces miré por si… por si podía molestar…

—Buscando un teléfono, ¿eh? Vuélvete de espaldas, vamos.

Brigitte comenzó a volverse, sabiendo perfectamente lo que iba a hacer aquel hombre: golpearla en la cabeza, encerrarla, y dedicarse inmediatamente o más adelante a interrogarla con más calma. Así que, apenas terminar la media vuelta, lo que hizo fue dejarse caer de manos al suelo, y lanzar una terrorífica patada hacia atrás con el pie derecho, que se hundió en los genitales del hombre. Fue un impacto tan brutal que el sujeto lanzó un ahogado bramido, soltó la pistola, y cayó de rodillas, encogido. Su rostro quedó a un nivel ideal: de nuevo se disparó el pie derecho de Brigitte, acertándole ahora de lleno en el rostro. El hombre se desplomó sin sentido, con la nariz rota y expeliendo un chorro de sangre.

La divina espía no perdió ni un segundo. Agarró la pistola, se la puso en un bolsillo al sujeto, le dio la vuelta, y tiró de él asiéndolo por los tobillos, hacia la puerta de enfrente. La abrió, entró, arrastró al sujeto, y cerró la puerta. La habitación estaba a oscuras, pero no necesitaba luz para apoderarse de la pistola del hombre. Con ésta en la mano, se disponía a salir de aquel cuarto cuando oyó afuera las voces de dos hombres. No oyó bien lo que decían, en conjunto, pero sí captó la palabra «sangre».

Habían visto en el suelo la sangre que había brotado de la nariz de su compañero. Oyó abrirse una puerta. Aplicó el oído a la suya, y oyó la voz del hombre:

—John Johns, algo está ocurriendo. Hemos visto sangre en el suelo, aquí, en el pasillo, y no vemos a…

Brigitte dio la vuelta, caminó rápidamente hacia la ventana, alzó la guillotina, y saltó al exterior. Ya no se oía música alguna en el jardín. Todo estaba sumido en un extraño silencio. Se colocó la pistola del hombre bajo la ropa, en la axila izquierda, y apretando el brazo contra el costado para sostener allí el arma, se acercó rápidamente a los nuevos invitados de John Johns. Había en el

ambiente una coloración rojiza, que cambió de súbito.

Cuando Brigitte apareció en el jardín, en la gigantesca pantalla de televisión estaba la imagen del coronel Jeremy Mandel, y una voz que ella conocía muy bien lo estaba presentando. Los invitados miraban como fascinados la enorme pantalla. Brigitte vio salir de la casa a tres hombres, que comenzaron a hacer señas a otros como ellos, vestidos con tejanos y jerseys, que estaban observando al público. Los hombres se acercaron, escucharon a los otros, y enseguida comenzaron a mirar a todas partes, para acto seguido distribuirse rápidamente por todo el jardín y alrededor de la casa…

Brigitte vio al sujeto que había querido ligar con ella. Todavía sostenía la cerveza y el resto del bocadillo.

—Ya estoy de vuelta —dijo Brigitte, tomándose de su brazo.

El hombre pareció que ni siquiera se daba cuenta. Estaba mirando, boquiabierto, la imagen del coronel Jeremy Mandel, y escuchaba las palabras de éste:

—… de modo que, en definitiva, el pueblo es siempre utilizado como carne de cañón para servir los intereses económicos de los grupos de altas finanzas que dirigen, controlan y disfrutan las riquezas del país, sea éste los Estados Unidos de América o cualquier otro. No hay honor, ni patriotismo, ni heroísmo de ninguna clase en morir lejos del hogar, a veces horriblemente, para servir esos altos intereses de seres que ni siquiera participan en la vida del pueblo al que están sacrificando sin piedad alguna. Y os está hablando un militar de carrera, no alguien que desconoce el tema de las guerras y las causas que las originan. Ya no vale la pena hablar, por ejemplo, del asunto de Pearl Harbour en diciembre de mil novecientos cuarenta y dos, cuando los japoneses mataron a miles de norteamericanos en aquella base naval de las Hawaii; matanza que pudo ser evitada, porque hoy día es sabido por todo el mundo que el presidente de los Estados Unidos tenía noticias exactas de aquel ataque, pero lo permitió porque así nuestro país tendría un «pretexto» para entrar en la contienda mundial y poner así en marcha febril las industrias bélicas con vistas a un futuro bélico de mayor envergadura, al predominio industrial y alimenticio, cultural y económico en todo el mundo.

»Del mismo modo, en la actualidad, las guerras están sirviendo intereses industriales que nada tienen que ver con el patriotismo ni

el honor, y…

Brigitte notaba la tremenda, tensión en el brazo del hombre a cuya compañía se había acogido para no llamar la atención de los empleados de John Johns que miraban a todas partes. Y oía, alrededor de ella, los murmullos, exclamaciones y gemidos de los demás invitados, que comenzaban a moverse inquietos, a cambiar impresiones… La alegría, la diversión, habíanse esfumado.

—… y dicen, por ejemplo: esta acción logística nos va a costar veinte mil soldados. Esto quiere decir —proseguía el coronel Mandel— que el Alto Mando sabe que tal acción costará la vida a veinte mil norteamericanos. Sin embargo, acometen esa acción, lo que es lo mismo que condenar a muerte inapelablemente a veinte mil hombres, ciudadanos de los Estados Unidos de América… Hombres que pueden ser vuestros maridos, hijos, novios, hermanos…

—¡Pero Dios mío, ¿qué es esto?! —gritó una mujer.

—¡Eso no puede ser cierto! —gritó un hombre—. ¡Mentira! ¡No sucede exactamente así!

—¡Usted cállese! —le gritó otro hombre—. ¡Yo nunca había oído cosas como éstas, y quiero oírlas ahora!

—… y eso —proseguía imperturbable Mandel en la pantalla— suponiendo que no haya existido un acuerdo previo entre las naciones beligerantes destinado a aligerar el país de mano de obra en situación de paro mientras que los que interesan que sigan trabajando están produciendo armamento que será enviado al frente para que, tal vez su hijo, hermano o padre lo utilice en una guerra en la que, fatalmente, caerá, víctima de las armas del otro lado, que están siendo construidas con el mismo propósito de…

—¡Mi marido murió en Vietnam! —chilló una mujer—. ¿Y fue así y por eso que murió?

—¡También mataron a mi hijo! —gritó otra mujer.

—¡Apaguen eso! —gritó una voz de hombre—. ¡Apaguen ese maldito aparato!

Otro hombre se volvió hacia él, y le golpeó. El que estaba cerca de éste le golpeó a su vez. Las mujeres comenzaron a gritar.

Brigitte se soltó de su petrificado conquistador, y se alejó, apartando rudamente a las personas que, cada vez más excitadas, gritaban y alzaban los puños hacia la pantalla, donde Jeremy

Mandel, impecable, afeitado, pulcro, sereno e implacable proseguía con el «programa».

Estaba ya saliendo de la masa que se había agrupado ante la gigantesca pantalla cuando Brigitte vio a uno de los hombres de John Johns que la señalaba. Dos hombres más la miraron, y comenzaron a caminar hacia ella, rodeando la masa vociferante de invitados. Brigitte consiguió salir de ésta, y corrió hacia la parte más frondosa del jardín, girando inmediatamente para dirigirse hacia la pantalla, llevando ya en la mano la pistola del hombre vencido en la casa.

Otro hombre apareció ante ella, cortándole el paso, y abriendo la boca para lanzar el grito de aviso. Baby extendió el brazo, apuntó una fracción de segundo, y disparó. El hombre se desplomó hacia atrás sin llegar a proferir un solo sonido. Un instante más tarde la espía pasaba por encima de su cadáver, rodeaba por fin la pantalla electrónica, y apuntaba hacia ella la pistola.

Plop, plop, plop, disparó por tres veces.

La pantalla explotó. Lo primero que sucedió fue que dejó de oírse la voz de Jeremy Mandel. Luego comenzaron a brotar chispazos enormes que aterraron a los invitados, acto seguido hubo un estallido fortísimo y la pantalla, y todas las demás luces del lugar se apagaron. Quinientas personas gritaban ahora a todo pulmón, llamándose unos a otros, lanzando maldiciones, quejidos de dolor. Brigitte sabía que no podría de ninguna manera evitar nada en aquella masa humana, que solamente por sí misma se dispersaría, siempre entre gritos. De ninguna manera podría hacer oír su voz. Así que dio media vuelta y echó a correr hacia donde había quedado el helicóptero, al cual llegó en cuestión de segundos.

Se metió en la parte de atrás, jadeando, y se dispuso a esperar.

Al poco vio un par de automóviles por un lado del jardín, alejándose de éste y de la casa. Casi enseguida, por un lado de ésta, aparecieron corriendo dos hombres que, evidentemente, habían rodeado el tumulto del jardín. Brigitte volvió a ponerse le cazadora de piel, y se acurrucó en el fondo del aparato.

A éste llegaron los dos hombres, y lo abordaron rápidamente. El que se sentó ante los mandos era uno de los hombres de John Johns. El otro, tal como Brigitte había tenido el presentimiento, era el propio John Johns, que jadeó:

—Deprisa, deprisa… ¡Pero no te alejes hasta que ellos hayan llegado al suyo y los veamos, para que nos sigan!

El helicóptero se elevó, y pasó por encima de la casa, de la que Brigitte no pudo ver nada, pues no podía asomarse. Casi enseguida vio el otro helicóptero, más grande, que parecía brotar del suelo.

—Llámalos por la radio y diles que nos sigan —ordenó John Johns—… No, deja, yo lo haré. Tú dirígete hacia el lugar donde podrán dejar el helicóptero y regresar a sus puntos de origen hasta la próxima reunión… ¡Pero ya los hemos convencido, con mi nuevo terrorismo! ¡Dentro de poco, seré el Rey del Terrorismo Mundial, podré compulsar a las masas con mis programas, y allá donde convenga provocaremos tal pánico que las masas se encargarán por sí mismas de ocasionar disturbios incontenibles! Sin riesgo alguno, podremos derribar regímenes políticos, reyes, presidentes… ¡Con mi nuevo terrorismo como amenaza constante el mundo entero estará a mi merced…!

—El mundo entero, no —dijo Brigitte tras él—. Por ejemplo, yo no, John Johns… ¡Siga pilotando, o le vuelo la cabeza!

Los dos habían hecho intención de volverse, pero el piloto obedeció la orden, y continuó atendiendo los mandos, tenso. John Johns, tras el grito de sobresalto, sí se volvió…, para encontrarse, con la punta del silenciador a un palmo de su rostro.

—Señorita Montfort —jadeó—… ¡¿De dónde sale usted?!

—Del frío —rió secamente la espía—, y nunca he dicho una verdad tan grande. ¿Quiénes van en el otro helicóptero que ahora nos está siguiendo? ¿Son los hombres que estaban con usted en aquella reunión, en la casa, hace unos minutos?

—Sí… Sí. Escuche, usted no…

—¿Quiénes son esos hombres? Conteste, John Johns, o va a saltar del helicóptero sin paracaídas… y vivo. ¿Quiénes son?

—Son… representantes de altos políticos europeos.

—¿Qué políticos? Sus nombres.

—No los conozco. ¡Son políticos de tercera fila que están buscando su encumbramiento! ¡No sé quiénes son!

—Pero sí sabe lo que están planeando, ¿no es cierto? Están planeando un terrorismo de gran envergadura que distorsione la paz en cada país y las buenas relaciones entre los países europeos. Están intentando promover la rebelión de las masas para luego

hacerse con ellas ofreciéndoles una vida mejor… bajo su mandato, ¿no es así?

—Sí… Sí, así es.

—Pero si son europeos… ¿por qué están haciendo todo esto aquí, en Estados Unidos? ¿Por qué no en Europa?

—Hicieron… un acuerdo entre varios políticos de diferentes nacionalidades a fin de… provocar en Estados Unidos el terrorismo que diese lugar a la ruina política del país…

—¿Y qué más?

—No sé… ¡Nada más!

—Sí hay más: querían dejar el país totalmente desarticulado, sin mandos, sin orden ni concierto en ninguna actividad. El caos absoluto en Estados Unidos tras la revuelta de las masas movilizadas por su nuevo terrorismo. Y de este modo sabrían lo que ocurriría más adelante en Europa y cómo sacar provecho de ello, en definitiva. ¿No es cierto? ¡¿No es cierto?!

—Sí, sí, sí… ¡Sí!

—De modo que usted, para servir los intereses de esos criminales primero del pueblo norteamericano y luego del pueblo europeo, se inventó ese nuevo terrorismo… Usted, un norteamericano, estaba dispuesto a sacrificar millones de vidas norteamericanas, y luego europeas, en el más grande sistema terrorista de la historia…, sólo para satisfacer su ego, su vanidad, para convertirse en el Rey del Terrorismo y sentirse poderoso… John Johns, usted no está loco: usted es un malvado criminal. Casi diría que el más malvado y el más criminal de todos cuantos he conocido. Salte.

—¿Qué? —Respingó John Johns.

—¡Que salte!

—¡No! ¡No lo haré! ¡Usted está loca, no se da cuenta del gran poder que puede tener si se une a mí!

—Tengo ya más poder, en todos los sentidos, del que tendría usted en toda su vida hiciera lo que hiciera. Salte.

—¡No!

Plop, disparó Brigitte.

La frente de John Johns crujió al recibir en el centro la bala disparada por la espía más implacable del mundo, y que salió con reluciente surtidor por la coronilla, mientras el cuerpo del rey del

nuevo terrorismo saltaba de costado contra el tablero de indicadores del helicóptero. El piloto de éste creyó llegado el momento de salir de su apurada situación, y se volvió hacia Brigitte con la pistola en la mano derecha, recién sacada de debajo del asiento…

Plop, disparó de nuevo Baby Montfort.

La bala atravesó el cuello del piloto, que cayó hacia atrás fulminantemente muerto. Y en el acto, el helicóptero comenzó a descender a plomo, bamboleándose ligeramente. La solución era por demás simple: Brigitte descorrió la portezuela del lado del piloto, empujó a éste al exterior, y pasó a ocupar su asiento cuando el aparato estaba a menos de veinte metros del suelo. Lo condujo suavemente en línea horizontal, un tanto descendente, sin brusquedad alguna, y luego comenzó a tomar altura.

La radio del helicóptero estaba emitiendo una llamada, que Baby atendió sosegadamente.

—¿Sí? —inquirió.

—¿Qué está ocurriendo…? ¡¿Quién es usted?!

—¿Y usted quién es? —preguntó a su vez Brigitte.

—El piloto del helicóptero de los europeos, naturalmente. ¿Qué hace usted en ese aparato? ¡Quiero hablar con John Johns!

—¿De veras desea conversar con John Johns? —preguntó casi afectuosamente la espía.

—¡Por supuesto!

—Bueno, es que sólo hay un medio para que usted pueda conseguir eso, y…

—¡Póngame con John Johns ahora mismo!

—Con muchísimo gusto.

Dejando la radio abierta, Brigitte tomó altura, hasta divisar el otro helicóptero, bastante más grande, reluciente a la luz de las estrellas. Abajo, una inmensa llanura. En menos de medio minuto, con el pequeño pero mucho más veloz helicóptero que el otro, Brigitte volaba junto a éste. Pudo ver perfectamente al piloto, y distinguir las siluetas de los ocupantes de la zona de atrás…

—Oiga, ¿qué está haciendo? —bramó el otro piloto por la radio —. ¡Está volando a menos de diez metros de nosotros! ¿Está loca?

—No, señor —dijo Brigitte—. Le aseguro que nunca he estado más cuerda en mi vida.

—Maldita sea… ¡Póngame con John Johns!

—Le pongo con John Johns —sonrió gélidamente Baby.

Sabía que le quedaban tres balas en la pistola. Sacó el brazo por la abierta portezuela, lo extendió, apuntó, y comenzó a disparar. Al primer disparo, el piloto cayó de lado hacia el asiento contiguo. Al segundo, se produjo una serie de chispazos en el tablero de mandos. Al tercero, el helicóptero estalló en una bola de fuego cuyo calor llegó a Brigitte, así como la violencia de la explosión, que hizo zarandearse el pequeño helicóptero, aunque sin mayores consecuencias.

Baby cerró la portezuela, y a través del cristal miró la caída de la bola de fuego hacia la llanura, donde se estrelló con estruendo y saltó en pedazos y llamaradas.

Tras mover la cabeza, Brigitte miró a John Johns, que yacía de costado, desorbitadamente abiertos los ojos, fijos en la Muerte.

—Me pregunto si es verdad que ahora estáis conversando, John Johns. Pero sea como sea, ese hombre no podrá decir que no he sido complaciente. Acéptenlo ambos como un… nuevo estilo amable de Baby, la agente N. Y. 7117 de la CIA.

# Este es el final

—En definitiva —explicó Charles Alan Pitzer—, tanto el coronel Mandel como los demás que estuvieron invitados en el *camping* fueron hallados encerrados en un sótano de la villa, y en estos momentos están… invitados a escuchar una serie de reprimendas y aclaraciones.

—Supongo que con la intención de hacerles comprender que los deseos de John Johns no eran, precisamente, salvar a la Humanidad, sino someterla a un nuevo terrorismo criminal a más no poder.

—Sí, claro. Y según mis informes, lo están comprendiendo.

—Perfecto —murmuró Brigitte—. No eran mala gente… Sólo estaban un poco ofuscados. ¿Y qué pasa con la gente de Honesdale, los que estaban invitados a la «fiesta» de John Johns en la villa?

—Tenemos allá a varios psicólogos tratando también de explicar lo que se estaba tramando, haciendo comprender a esa gente que todo eran insidias para…

—¿Insidias? —exclamó Minello, silencioso hasta entonces—. ¿Acaso John Johns, en el fondo, no tenía razón? Sus intenciones eran malas para la Humanidad, de acuerdo, pero él tenía razón. ¿O no?

Miró a Brigitte, que, como siempre, estaba sentada en el centro del amplio sofá del salón de su apartamento, bellísima, apacible, como una amable anfitriona atendiendo a queridos invitados. Entre los cuales, además de Pitzer y Minello, se hallaban Simón-Floristería y Miky Grogan. Y naturalmente, sirviendo champaña con guindas a todos, Peggy.

El silencio de Brigitte se prolongaba tanto que Minello masculló:

—Bueno… ¿Tenía o no tenía razón en el fondo ese tipo?

—A veces, Frankie, no basta tener la razón: hay que saber aplicar esa razón.

—¡Tonterías! ¡O se tiene razón o no se tiene!

—Te lo diré de otro modo. A todos los niños les gusta ir en bicicleta, motocicleta, y por supuesto, en el automóvil de sus padres. Ahora bien: ¿permitirías tú que un niño de tres años fuese en motocicleta, o que condujese un automóvil?

—¡Claro que no! ¡No estoy loco, zambomba!

—Esperarías a que el niño creciese y fuese capaz de hacer esas cosas sin lastimarse, ¿verdad?

—¡Naturalmente! ¡Zambomba, naturalmente!

—Pues eso es lo que he hecho yo —sonrió Brigitte—… ¡Te guste o no, eso es lo que he hecho yo! ¡Zambomba!

**FIN**

# Notas

[1] Recordamos al lector que Baby ha utilizado en diversas ocasiones este escondrijo secreto. <<

[2] Véase la aventura titulada *Brigitte* for President!!! <<

[3] Véase la aventura titulada *Su majestad Baby*. < <